

El Motín

AÑO XIX NÚM. 34

REDACCION Y ADMINISTRACION, RUIZ, 4, BAJO

25 AGOSTO DE 1900

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre **1,50 pesetas**.—Ultramar y Extranjero, **10 pesetas** año.—Número suelto, **10 céntimos**.—Atrasado, **25**.—Corresponsales, 25 números, **1,50 pesetas**.

DENUNCIA

La sufrió el número anterior por un artículo en que se fustigaba duramente á Romero Robledo.

Aunque abroquelado contra toda clase de sorpresas, confieso que me quedé estupefacto. Me hubiese explicado que Romero se querellase por injuria. Pero que el gobierno impidiera la circulación del número, para que nadie supiera en provincias lo que yo pensaba de ese monárquico recalcitrante, esto no me lo explico aún, ni me lo explicaré jamás.

Hasta tal punto quedaba Romero reventado en el artículo, que, después de compuesto, estuve dudando si debía publicarlo ó no. ¡Como que me resultaba casi ministerial!

Pero, en fin, no hablemos ya de esto. Estamos á merced de las genialidades ministeriales, sin defensa de ninguna especie, y no merece la pena ni de indignarse siquiera. La indignación impotente es ridícula.

Y ya que no podamos, como los directores de la Unión Republicana, hacer propaganda activa y práctica por balnearios y sierras de agradable temperatura, continuemos nuestra modesta labor, sufriendo con resignación cristiana los atropellos de los señores que mandan, pero consolándonos con la esperanza de que mandarán ya muy poco tiempo.

Dependiendo su existencia, como la de la monarquía, del triunfo de la República, y estando encargado de prepararlo y conseguirlo revolucionarios tan probados como los del Directorio, por mucho que el triunfo tarde, no creo yo que pasen ni siquiera dos siglos sin ver implantada en España la forma de gobierno que nos es tan querida.

Y entonces nos vengaremos cumplidamente de los Silvelas, Datos y comparsas.

Hasta tanto, vayamos sorteando el temporal de la mejor manera que podamos, sin desmayar ni desconfiar, ya que con la esperanza vive el cautivo. Dos siglos pasan pronto.

ROMERO

Mucha gente se ha quedado sorprendida y como defraudada en sus esperanzas por la visita de Romero Robledo á Miramar y por su declaración de que es monárquico. ¿Pero había quién lo dudaba? ¿Había quién se hacía la ilusión de que se hiciera republicano?

Romero es sincero y consecuente, el espejo de la consecuencia, yendo á Miramar y declarando lo que declara. Precisamente si hay una cosa que no puede ser nunca, que no será nunca—él que ha sido tantas y tan varias, y que como Don Juan á los palacios subió para descender luego á las cabañas, empleando su amor en la princesa altiva y en la que pesca en ruín barca—es ser republicano.

Cierto que los incautos han podido dejarse engañar por su verbosidad extraordinaria, facundia increíble y elocuencia verdadera, que últimamente hablaba en el Círculo de la calle del Marqués de la Ensenada cual un demagogo. Pero de ahí ¿qué podía deducirse? A lo más, á lo más, que Romero Robledo podía un día, como le representaba *Gedón*, encaramarse en una escalera y pintar en los muros de la antigua Aduana su letrero famoso: «Cayó para siempre la raza espúrea de los Borbones».

Es decir, Romero puede llegar á ser antidinástico, anticristino; pero no antimonárquico. El es capaz de un nuevo 54, de un nuevo 68, y ya es bastante. ¿Pero os imagináis al ministro de la Gobernación de don Alfonso durante seis años, al ministro de Ultramar y de Gracia y Justicia de la Regencia, haciendo 6 contribuyendo á hacer un 93 como en Francia ó siquiera un 73 como en España?

Romero es un monárquico parlamentario ilustre, insigne, de primera talla, de magnitud mayor que todos los que quedan. Más orador y más ilustre y más atrevido y más acometedor y más combatiente que Silvela, Gamazo, Montero, López Domínguez, y como lo era Sagasta cuando Dios quería. Su teatro es el Parlamento de la monarquía, y en él, á pesar de su historia y por su misma historia, tal vez un Gayarre. Concibe la revolución como los de la Unión liberal, como los que nos trajeron á don Amadeo y como los que luego nos restauraron en Sagunto.

Pero de eso que no le saquen. El amenazará al trono mejor que un demagogo, porque el demagogo no espera nada del trono y no aspira á intimidarlo. El hará en las

Cortes mejor campaña de ruido sensacional que Salmerón y que Pi y Margall, porque está en su ambiente propio y el lenguaje que él habla lo entienden más los de la mayoría que podrían entender el de un Gambetta, si por las puertas del Congreso entrara.

No hace aún quince días se encontró Romero una noche en los jardines del Retiro á un ilustre demócrata, egregio orador y ex-ministro y lo detuvo para hablarle de este modo:

—Don Fulano, usted se fastidia no ayudándome y me fastidia á mí.

—¿...?

—Por qué no me auxilia para derribar esto.

—¿...!

—Pero no importa; me basto y me sobro en tal tarea. ¿Ve usted? La revolución del 68 la hicieron muchos, muchos; pues esta la voy á hacer yo solo, yo solo...

Y enardeciéndose Romero Robledo, exponía su plan, contaba sus huestes, enaltecía sus propios triunfos, que no puede negarse que han sido ruidosos; trazaba el programa de sus próximas expediciones por Barcelona, por Valencia, por Andalucía, donde, según su frase, cuenta con amigos entre las masas republicanas.

Esto decía hace quince días y ahora acaba de bajar de Miramar y baja contento, esparanzado, jurando que aún es posible aliar el trono y la democracia. Es mucho hombre don Francisco. Y como es verdad que él no se deja sus convicciones á las puertas de un alcázar, habrá tenido que oír su entrevista con la reina. Partidarios suyos conozco yo, tal es la fuerza de fascinación legítima que ejerce, que creerán á estas horas que su jefe le ha propuesto á la regente que se vaya y juntos han acordado la revolución; la revolución para que caiga Silvela.

Y no hay que creer, no, que Romero Robledo después de su visita á Miramar pondrá sordina á sus nuevos discursos. Si algo hace que sea nuevo será extremar sus ataques á las instituciones. No os quepa duda: la razón, el por qué Silvela y Dato, ese dúo de impotentes se dispone á tener cerradas las Cortes, es por el temor de que Romero dijera horrores de Caserta si llegaba á discutirse la boda en público. Le tienen un miedo horroroso, y hacen bien en tenerlos.

Pero nosotros, los republicanos, admirando como admiramos á Romero, aunque no sea por otra cosa que como artista, debemos estar y estamos muy lejos de él. Es monárquico y no ha sido jamás otra cosa, y no lo será en lo que le resta de vida. ¿Qué diablo teníamos que hacer con él? ¿Ayudarle á destruir lo existente? ¿Para qué? En el caso más favorable, para constituir una República sin republicanos. ¡Valiente solución! Solución parecida á aquella de traer la República con la espada de Weyler. Afortunadamente ésta continúa dentro de su propia vaina.

No. La revolución que haya de hacerse se hará con las gentes de nuestra generación; se hará teniendo su cuna en un profundo sacudimiento social, guiada por otros caudillos que por los que mandaron y dirigieron en los postreros treinta años. Y Romero Robledo es el representante más genuino de la generación que se va, que desaparece. Es él también el eterno representante de la actualidad, del momento presente, para el que no existe ayer y para el que no hay jamás mañana. El ayer es su historia, y esa está dispuesto siempre á borrarla. El mañana es un acertijo, á salga lo que saliere, á navegar en lo desconocido, sin ideal que valga la pena de fijar su atención ni la de nadie.

Basta ya de nutrirnos de la generación del 68. Basta ya de hacer revoluciones como los *bellutiers* *els berenars de boca*. Esos hombres ilustres, insignes, gloriosos, llegada la hora de fundar cosas, no nos entenderían. Son individualistas, parlamentarios, clásicos, y hablamos lenguajes tan diferentes, que la República con ellos creada constituiría una imagen de la torre de Babel.

Asistamos al espectáculo de sus últimas representaciones. Tendrán que ver y que oír. Habrá que alquilar balcones para presenciar cómo se despedazan y se arruinan mutuamente. Es el final de toda una época, de toda una España. Por delante se fueron las Colonias; ya se irán los que las perdieron. Y en esa lucha el gladiador de más fuerza, de mayores alientos, el que sabrá caer cuando caiga en postura más estética, es Romero Robledo. A los Silvela y demás comparsa monárquica les lleva en talla, por lo menos, la cabeza. Muerto Cánovas, Romero es el primero.

Si no temiera hacer largo este artículo, incluiría, entre los que se van, á muchos republicanos. Quédese para otra ocasión. Pero no hay que olvidar este principio de biología política: una misma generación jamás hace dos revoluciones. Y ésta, la generación del 68, ya hizo una. Si no nos persuadimos de ello, si no tenemos fe en nosotros mismos, hombres de la actual generación, nos pasará lo que en historia natural á las especies intermedias, que desaparecen, que sucumben sin engendrar.

LUIS MOROTE

La religión y el duelo

Dos oficiales del ejército austriaco, el marqués de Tacoli y el conde Lodochowsky, han sido dados de baja por haberse negado á ventilar en el terreno de las

armas una cuestión personal surgida hace pocos días entre ambos.

Al recibir el marqués de Tacoli la carta de desafío de su adversario, no quiso batirse, declarando que sus creencias religiosas se lo impedían.

El coronel Lodochowsky aceptó las razones del desafiado.

Los compañeros de cuerpo pidieron que fuera juzgado el asunto por un tribunal de honor, y éste dictaminó proponiendo á las autoridades militares la separación del ejército de ambos oficiales.

El veredicto del tribunal ha recibido la aprobación del emperador.

En España dos tenientes, después de apadrinar á un militar en duelo, contestaron públicamente á las censuras de la prensa nea de Jerez, prometiendo cumplir en lo sucesivo sus deberes religiosos no batiéndose ni apadrinando á duelistas.

La misma pública promesa hicieron varios jefes y oficiales de artillería de guarnición en Zaragoza.

Y todos siguen desempeñando sus empleos, sin que nadie les haya dicho nada. Únicamente algún periódico militar combatió sus declaraciones.

La decisión adoptada en Austria, país católico, es lógica, pues el militar que crea pecado batirse en duelo, debe abandonar su profesión, porque también se peca batiéndose en una guerra.

LA REPÚBLICA BURGUESA

Si lo que los obreros anarquistas y socialistas reprochan á la República es el no tomar partido por un interés de clase, nada es más cierto y fundado que esa imputación. No; la República no apadrina los más por ser los más, contra los menos por ser los menos. La República no excluirá á nadie de la comunidad del derecho. La República no reconocerá otros ilegales, sino aquellos que voluntariamente se salgan de la ley. La República no sustituirá una explotación por otra explotación, una tiranía por otra tiranía. La República no convertirá al Estado en arma que unos ciudadanos pueden esgrimir contra otros ciudadanos, ni prostituirá la autoridad trocándola en instrumento de pasiones, ni hará del poder un esclavo sumiso del odio.

¿Quiere esto decir que la República deba cruzarse de brazos ante los problemas sociales y proclamar el *laissez faire*? No hay nada de justo en las reivindicaciones del trabajo. ¿Nada tiene que ver con ellas el Estado? ¿No cabe distinguir, entre las aspiraciones de renovación social, el oro del oropel y el grano de la cizaña? Permaneciendo inerte, pasivo ante el conflicto de los intereses, ¿no toma de hecho el Estado partido por los opresores contra los oprimidos? Si no debe patrocinar los extravíos de los más, ¿deberá mantener el monopolio de los menos? ¿Está obligada la República á aceptar la herencia de la mesocracia? ¿Debe respetar una legislación de la propiedad fundada en principios de privilegio y que pone artificialmente condiciones de desigualdad en el gran duelo de la existencia? ¿Mantendremos esa concepción abstracta de la libertad que pena el juego y tolera la usura, que persigue las opiniones y reglamenta la prostitución, que consiente la explotación del hombre y es inexorable con el que roba un pan? ¿Volveremos á la noción del Estado policía, especie de agremiador de las libertades individuales, que presencia el movimiento de la vida social con la misma indiferente vigilancia con que contempla el *vaivén* de la muchedumbre un guardia civil encargado de mantener el orden público?

La República es la consumación definitiva, la última palabra de la evolución política, tal á lo menos como hasta el presente nos es dado concebir la organización de los poderes del Estado. Los que profesen el *statu quo* en punto á reformas sociales han de llegar, proclamada la República, al absoluto quietismo. Si el Estado alcanza en esa forma su constitución permanente; si en punto á la obra social no le corresponde intervención alguna, síguese lógicamente que, llegado á ese punto, nada le resta ya por hacer. Ha agotado su vitalidad, ha consumado su fin. El progreso no tiene para él promesas, ni la vida horizontes, ni el porvenir esperanzas, ni la evolución sentido, ni la actividad estímulo. Humanizado el matrimonio, instaurado el sufragio, establecido el Jurado, sustituidas las viejas monarquías por una magistratura amovible y responsable, todo lo posible está realizado. El ideal entero se ha encarnado en la realidad. El Estado es, como lo pretendía Hegel, la libertad misma concretada en institución, la perfección absoluta, el Dios presente. Toda aspiración está en él lograda; la razón humana no puede concebir un más allá.

Y ¡contraste singular! Enfrente de esa democracia petrificada, inerte, estática, cerrada á toda ulterior evolución, muerta para toda vida por efecto de su perfección irreprochable, los poderes viejos, los poderes caducos, los poderes moribundos, ofrecerían una extraña fecundidad de ultratun-

ba. Donde la democracia nada podría hacer, ellos lo prometerían todo. Donde el derecho se reconocería impotente, las arbitrariedades del poder personal tendríanse por poderosas. Los papeles resultarían invertidos. Mientras la joven democracia llegaba de repente á una estéril caducidad, esas instituciones decrépitas renovarían el milagro del viejo Fausto, recobrando de un golpe toda la savia de la juventud. Nosotros seríamos el pasado, ellas el porvenir. Nosotros seríamos la desesperación, ellas la esperanza. Nosotros inmovilizaríamos la vida, ellas le darían libremente curso. Nosotros defenderíamos los fueros del privilegio, ellas las aspiraciones del derecho. La República simbolizaría el estancamiento y la muerte; salidos de sus tumbas seculares esos dos viejos de la Edad Media que se llaman el Papado y el Imperio, ostentarían en sus manos de esqueleto la bandera de la regeneración de los pueblos.

¿Es esto racional? ¿Es esto justo? ¿Es esto posible? ¿Puede cambiarse así de improviso la vida en muerte y la muerte en vida? ¿Puede el derecho trocarse en defensor del privilegio y el privilegio en amparo del derecho? Tal es el peligro de la República mesocrática y burguesa. No sería la vez primera en que la libertad abstracta se ha transformado en servidumbre. Libremente anudaron los bárbaros los vínculos de la ominosa dominación feudal. Importa que la democracia ensanche sus horizontes; que reconozca que en el fondo del movimiento socialista hay un nuevo y más amplio concepto del derecho que alborea en los horizontes de la conciencia humana. Si así no lo hace, si no contrasta su sentido ya tradicional con el nuevo sedtido que nace, para obtener en ambos una recíproca depuración de utopías, estrecheces y errores; si consiente que los poderes arcaicos conviertan la enseñanza de las reivindicaciones del trabajo en arma con que destruir la grande obra de la revolución, á nadie sino á ella deberán ser imputados los quebrantos que en la lucha que se acerca puedan experimentar la civilización y la libertad.

ALFREDO CALDERÓN

Me pregunta un correligionario, si es cierto que el republicano señor Piernas, del gremio de catedráticos, es consejero de la compañía jesuita La Tabacalera, y si cobra diez duros por cada sesión á que asiste.

Lo primero, si es cierto.

Lo segundo, no lo sé.

GUERRAS DE FRAILES

El presidente Loubet ha abandonado su palacio del Eliseo y las magnificencias de la Exposición, para ir á Marsella con su cortejo casi real de generales, ministros, chambelanes y guardias, á despedir el cuerpo de tropas francesas que marchan á China.

El pueblo de Marsella se ha agolpado en el puerto, aclamando al ejército con esa furia amorosa que despierta en todo corazón francés el ruido del tambor y el brillo de la bayoneta y el pantalón rojo. ¡Viva el ejército! ¡Matemos á los chinos!

Al mismo tiempo la municipalidad de Vallerón, pequeño pueblo cercano á Carpentras, votaba la siguiente orden del día, digna de ser conocida por todo el mundo, pues desenmascara uno de los absurdos de nuestra época.

«Considerando que la guerra de China, que en este momento causa tantas angustias á las familias de los soldados, no es más que el resultado de los abusos que ciertos individuos imbuídos por el espíritu clerical han ejercido sobre los chinos, los cuales, resueltos á no sufrir el yugo de los hombres de largas faldas negras, se han puesto en actitud de defender su libertad, sus costumbres y su tierra natal:

Considerando que este motivo es el único de los sucesos que se desarrolla actualmente en el Celeste Imperio; que los males causados por el clero son la causa de tantos desastres; que los europeos que habitan dicho país serán tal vez degollados, mientras nuestros hijos, llamados por el servicio militar, van á pagar con su vida este crimen imputable á la religión:

Considerando que tenemos en Francia unos 50.000 jóvenes que visten sotana y que aumentarían considerablemente las filas de los combatientes enviados á la China:

Proponemos al gobierno que adopte las medidas necesarias para que esos 50.000 seminaristas, abates, curas ó vicarios, todos hombres útiles y fuertes sean enviados al Celeste Imperio para combatir y defender los intereses de sus compañeros.

La fe les dará valor; el cielo será testigo de su bravura y se evitará que derramen su sangre los hijos del pueblo que nada tienen que ver en esta cuestión. Los mismos que han provocado el incendio de la guerra, que sean los encargados de apagarlo. Y la juventud laboriosa que no pide más que paz y trabajo, será empleada en cultivar nuestros campos, cuya despoblación es cada vez más creciente.»

¡Interesante documento! Hay en él algo de ironía meridional; en sus párrafos parece que se ve la mano de esos guasones provenzales tan admirablemente descritos por Daudet; pero tras el estilo burlón y ligero, brilla una gran verdad, la verdad de todas las guerras

ultramarinas que sostienen los pueblos latinos.

Claro es que no podemos compararnos á Francia en bienestar y cultura; pero siendo pueblos del mismo origen, llevan los dos en la sangre y en el tuétano la herencia de varios siglos de religiosidad feroz y de intransigencia dogmática.

Si nosotros somos el pueblo de la Inquisición, Francia es el país de la noche de San Bartolomé. Los poderosos de Francia no se atreven con el pasado; los ricos, ateos en su conciencia, fingen en la vida una entusiasta devoción; y si España es el feudo del Vaticano, la República francesa se pavonea con su título de hija amada de la Iglesia.

Hay que leer diariamente á Urbano Gohier, á Vigné d'Octon, á todos los que se indignan contra esa República que, fundada por Gambetta al grito de «*El clericalismo; he ahí el enemigo*»; es hoy la presa de los jesuitas y de todas las órdenes monacales. El ejército está mandado por discípulos de lo-yolas, por jóvenes educados en los conventos que, obediendo los consejos de los reverendos padres, adquieren rápidamente cruces y galones; la marina es una comunidad religiosa flotante que adora á San Miguel como patrón de la Armada francesa, celebra fiestas en honor del santo del día y considera al cura como el jefe más importante de á bordo. En cambio los oficiales de historia republicana ó los que por su nacimiento son protestantes ó judíos, se ven postergados en plena República y perseguidos por un sinnúmero de pequeñas é incansables molestias, hasta que fastidiados piden su licencia.

Poco más ó menos, lo mismo que en España. La única diferencia estriba en la prensa. Aquí se callan estas cosas; allí se lanzan á los vientos de la publicidad.

Francia va á la guerra con China, como nosotros nos vimos en lucha con los filipinos: por los frailes.

Abusan éstos de un país; en nombre del Crucificado explotan á los indígenas quedándose con su trabajo; roban mujeres y niños con el pretexto de enseñarles la doctrina; turban las costumbres; violan las preocupaciones hereditarias, cuando tan sagradas é intangibles consideramos las nuestras; y al llegar el momento de la explosión y la venganza se retiran del escenario de sus atropellos modestamente, se ocultan temerosos, y los gobiernos latinos, complacientes criados del clericalismo, envían al soldado, al hijo del pueblo que nada sabe y nada ha hecho, á morir por el fraile que permanece tranquilo en su cubil.

En Filipinas murieron miles de soldados españoles que acababan de desembarcar, que no conocían el país, que no habían robado babys para el serrallo de la rectoría, ni se habían dado una vida de Sardanápalo en la parroquia. Y mientras los pobres inocentes quedaron allá blanqueando con sus huesos los bosques, aquí están entre nosotros los venerables frailes repatriados, sanotes y risueños, dispuestos á empezar otra vez su tarea de cristianización si á España le quedase por su desgracia algún pedazo de terreno fértil en lejanos mares.

En Francia pasa lo mismo. Los frailes y jesuitas—de que es protectora la República Francesa—han provocado la protesta brutal y feroz de los chinos, y allá van por un absurdo social los labriegos, los albañiles, los zapateros, los sastres, todos los infelices obreros vestidos de azul y rojo, que no saben siquiera en qué parte del mundo está la China, á matar hombres amarillos que ningún mal les han hecho. Y mientras tanto, los frailes quietos en sus cómodas viviendas.

Tiene razón el municipio de Vallerón: «Los que han encendido la guerra, que sean los encargados de apagarla.»

Pero estos son tiempos en los que nada hace refr como la lógica y la verdad.

Los ricos preparan y declaran las guerras y son los pobres los que van á morir en ellas; los frailes sublevan los pueblos con su intolerancia y su rapacidad, y cuando alguien pide que los mismos frailes se defiendan, el país considera la proposición como un disparate y son los obreros los que van á alcanzar la palma del martirio peleando por Dios, mientras los santos religiosos se quedan modestamente en su celda renunciando tanto honor.

RUASCO IBÁÑEZ

LOS QUE LUCHAN

SANCHEZ PÉREZ (ANTONIO)

Hacer reír es un arte, arte que saben pocos, y entre esos pocos, uno de ellos es don Antonio Sánchez Pérez.

Cuando estoy de mal talante, agarro un artículo suyo, y devorándolo, proscribo mis pesares. Es el lenitivo á mis dolencias, el médico de mis dolores morales. Un artículo que leo de Sánchez Pérez es una receta que me aplico. ¡Lástima que el peculio no me permita leer todas sus obras para mi eterno regocijo!

Sinceramente confieso que es uno de los literatos que más me gustan, y creo que pasará lo mismo á todos sus lectores.

Su agudísimo ingenio, lo avanzado de sus opiniones, lo contundente de su argumentación, la galanura de su frase, la pulidez de su estilo, la claridad en la expresión de ideas y conceptos, la oportunidad en las citas, la sencillez y cortesía de lenguaje, hacen de él, innegablemente, uno de nuestros más sensatos escritores, uno de nuestros mejores estilistas y uno de nuestros más hábiles críticos.

Están todas sus producciones impregnadas de un humorismo muy proverbial en los hijos de Ma-

drid, y cuya lectura hace escarabajar la risa por todo el cuerpo. No sé si será de los autores festivos que pretenden pasar por graciosos. Lo que sí es seguro es que, pretendiendo o no, lo consigue sin esfuerzo. Con ser uno de los escritores de primera línea, difícilmente se hallarán en sus obras flores retóricas, períodos confusos, ni palabras ininteligibles. Le entienden los niños del colegio. Como se las arregla para emplear esa forma gráfica, no es posible intentar averiguarlo. Es un secreto de su exclusivo dominio; y si se adjudicaran patentes de invención por la originalidad del estilo, Sánchez Pérez tendría una de su propiedad y bien ganada.

Si alguna vez se atreviese a negar la paternidad de los escritos que ha publicado sin firma, yo también me atrevería a decirle que es un burlón de mala especie y no le creería. Su forma es suya, característica, de un sello especial; su estilo es siempre el mismo, liso y llano, mundo y lirando; tanto que, Sánchez Pérez y Eusebio Blasco son los dos maestros a quienes en este sentido hay que tomar por modelo y los que en este terreno se llevan la palma, aunque Blasco es menos altísimo y correcto.

Escritor de tan raras y múltiples cualidades, tan familiar y correcto, tan delicado y sutil, no es fácil hallarlo ni con la famosa linterna de la leyenda. Y véase lo que son las cosas: Sánchez Pérez, con ser una de nuestras más interesantes figuras, no ha podido ser otra cosa que licenciado en ciencias exactas. Y gracias.

La lectura de sus obras produce siempre en el ánimo del lector el deleite más exquisito y hace rebullir constantemente la risa en los labios. Su altísimo puede compararse al de los escritores dramáticos de la escuela de Atenas, y en nuestros días al de Alfredo Calderón y Juan Valera. Su expresión, siempre fácil y amena, cuenta con muy escasos imitadores.

Diffícil de refutar es su lógica. Los ejemplos que presenta son a la par donosos y aplastantes. Una de sus más poderosas armas está en los refranes. No hay adagio de que no haya echado mano. De los pocos críticos que educan y convencen, él es uno. A nadie trata con dureza. De su pluma no sale un insulto, y cuando en una polémica ve que el adversario se extralimita o emplea frases de brocha gorda y un asunto literario quiere hacerlo personal, le deja libre el campo. Crítico benevolente, espiritual, quizá demasiado tolerante, a nadie maltrata ni fustiga, a todos enseña y anima, y por eso todos le quieren y respetan. Parece el padre de todos. No obstante, es un polemista de muchísimo cuidado, un defensor arduo, rosísimo de toda idea progresiva y radical, un combatiente revolucionario en el sentido más directo de la palabra. Donde las ideas reaccionarias pretenden ostentarse, allí está Sánchez Pérez combatiéndolas.

Un día se le ocurre a Enrique Gaspar y Sinesio Delgado decir, lamentándolo, que los autores dramáticos no tienen derecho a defenderse de la sentencia del público y de la crítica, y escribe nuestro protagonista un artículo, sorprendiéndose de que dos autores de esa talla sostengan tan tremenda equivocación. Otro día refuta, por causa parecida, a Balar; otro discute a Echegaray; y de su imaginación jamás brota una idea que no sea para contener los avances de la reacción, allí donde quiera que ésta se ostente.

Su argumentación sólida tiene un atractivo profundamente irresistible. Yo me he dejado cazar por Sánchez Pérez. Le he leído con prevención, como leo a todos, a todos los que leo, y, no obstante, he concluido por participar de casi todas sus teorías, porque las encuentro buenas y sanas. Ellas han penetrado en mi cerebro inconscientemente y sin protesta alguna, sin que me diese tiempo para examinar sus vicios o sus bondades, antes bien, de un modo rápido, avasallador, salvaje. Yo, que por lo general, descanso y fumo un cigarrillo (si le tengo) mientras leo los artículos de periódicos, porque muchas veces me parecen soporíferos y casi siempre largos, aunque sólo tengan veinte líneas, me abstengo de esta irreverencia cuando estoy a la vista de un artículo del maestro. De un tirón se leen sus trabajos, en la inteligencia de que, aunque sean extensos, parecen cortos, por lo sustanciosos. Tanto agradan.

Sánchez Pérez es uno de los hombres más honrados de la política. Vive de sus cuentos, de sus crónicas, de sus críticas, de sus comedias. A juzgar por lo mucho y bueno que produce, debe de trabajar sin descanso.

Si todos los republicanos fueran como Sánchez Pérez, la República no se hubiese perdido. Con ella fué gobernador de Huelva el año 73, y como cumplió sus deberes, no es menester encarecerlo. Con ella volverá a ocupar un puesto más elevado o no hay justicia en la tierra.

Son infinitas las publicaciones de que ha sido director, redactor o colaborador: *Gil Blas*, *Jaques-Mate*, *El Solfeo*, *La Opinión*, *La República*, *El Tío Peco*, *La Voz Montañesa*, *El Liberal*, *El Nuevo Régimen* y otras muchas. El teatro le debe también *Los Habiles*, *Todo el mundo*, *Clases de adorno*, *El primer choque*, *Hombres de corazón*, *Un hombre serio*, etcétera etcétera. Ha vertido al castellano, que recuere en este instante, *En las riberas del Plata*, de E. Resasco, y *La novela de un maestro*, de Edmundo de Amicis.

No obstante la multiplicidad de sus trabajos, siempre está en la brecha peleando por los ideales del partido federal y peleando como un chico de veinticinco años, a pesar de sus sesenta cumpleaños, imitando en esto a Pi y Margall.

Hace diez o doce años andaba fugitivo y perseguido por la Guardia civil, y no será problemático que le veamos algún día en los sitios de más compromiso, porque, a juzgar por lo que se ve, el maestro es amigo de la gresca.

FRANCISCO MACEIN

Protestantes y católicos

Los protestantes españoles, casta más numerosa de lo que se supone, han resuelto celebrar un Consistorio en Zaragoza. A la cuenta, los protestantes tienen algo que decirse cuando han decidido formar Asamblea. Querrán, de fijo, ponerse de acuerdo sobre medios de propaganda y comunicarse nota exacta de las adhesiones que llevan recibidas hasta ahora. En esto, un Consistorio religioso no difiere de un Congreso de comerciantes, en el cual el secretario notifica, por temporadas, que la Asociación puede contar con el apoyo de don José López, fabricante de calzado, o con la solícitud de don Pedro Fernández, confeccionador de aparatos de ortopedia. Lo

que importa en estos casos es sumar.

La prensa de Zaragoza viene alarmadísima con ese motivo. Habla de la inminencia de un conflicto, ya que, según parece, la Convención protestante hiere las ideas religiosas del vecindario, y se corre hasta pedir que intervenga el Gobierno para conjurar una catástrofe.

A mí me cuesta trabajo el creer que un vecindario, manada heterogénea de personas inscritas en el padrón municipal, tenga, no ya ideas religiosas, pero ni aun idea de lo que es cultura o respeto mutuo, derecho de cortesía que se pagan unas inteligencias a otras. Creo ocioso añadir que todos los vecindarios son lo mismo, y que, sin la Guardia civil, de igual modo nos conduciríamos aquí que en Zaragoza o en Madagascar.

Pues bien; aun dando de barato que el vecindario de Zaragoza se presume el insustituible guardador de las ideas católicas, ¿quién le mete a sentirse herido porque los protestantes se reúnen allí? ¿Qué peligro con ello? La sola sospecha de que el vecindario de Zaragoza, cuya buena fe se intenta comprometer ahora, piense amotinarse por tan poca cosa, me subleva. Se trata de un pueblo trabajador y bien templado para la lucha, cuyas sanas energías merecen mejor destino que el despilfarrarse para utilidad de ridículas preocupaciones religiosas.

Hay, por lo visto, en España, una clase que tiene interés en que se altere la paz pública aun a costa de todo, y esa clase es el clero. Tengo entendido que allí poseen extenso feudo los jesuitas, cuya aparatosa piedad se ha evidenciado recientemente con el ingreso del coronel Lacaze en la Orden, ceremonia que, si a verificarse en privado hubiera sido respetable, como espectáculo público ha resultado una farsa del peor género, por la calidad de los elementos que se prestaron a darla brillo y esplendor.

Ahora, ya no le basta al jesuitismo desvergonzado el Carnaval con uniforme militar; quiere que un pueblo leal y enérgico, poco dueño de sus instintos belicosos, se lance a la calles porque unos protestantes se reúnen a tratar de lo que les da la gana, ejercitando un derecho que la ley les ha otorgado.

El señor Dato será lo bastante previsor para no dejarse coger en esa red.

LORENA

EL GLOBO

OTRA CAMISA

Ni el título de esta crónica es mío, ni lo es tampoco la idea en que la crónica se inspira. Ambos me han sido proporcionados por una mujer. Escribo mujer, y no dama, porque damas se encuentran en todas partes, hasta en los repartos de bastidores, y mujeres, verdaderamente mujeres, no son tan fáciles de encontrar.

Esta mujer, digna para mí y cuantos la tratan del mayor respeto, discurre anoche con cuatro o seis personas sobre la triste situación que España atraviesa y los remedios que, a fin de mejorarla o resistirla, ofrecen los prohombres de los partidos militantes en oraciones, artículos, programas y demás artefactos de la sanidad política al uso.

Optaban éstos por Fuláñez; aquéllos por Mengáñez; por Perengáñez unos, por X. otros, y por Z. los de más allá. «No, no!» —decía el paladín de X.—«No me hablen ustedes de Z.!» El hombre que hizo tal cosa en tal año y tal otra en tal otro, no puede salvar el país! —«Lo salvará X.!» —exclamaba el propagandista de Z.—«¡Valiente apoyo para sostener el desvaqueamiento patrio! ¡No se acuerda usted de su paso por la presidencia del Consejo en... (Aquí la fecha.) ¡X.!» Antes el cólera.» —Lo mismo decía de Mengáñez el defensor de Fuláñez, y de Fuláñez el de Perengáñez, y de Perengáñez el de Fuláñez... Lo mismo decían, y lo malo era que a ninguno le faltaba razón. Cuál más, cuál menos, censuraba con justicia a sus adversarios, y las censuras no podían negarse; se trataba de sujetos que habían ejercido el poder, no una, veinte veces; sujetos conocidos de atrás por sus actos, por sus teorías, por sus descalabros... de PROHOMBRES, vamos. ¡Qué quiere decir PROHOMBRES! Pues de eso.

Oía la dueña de la casa en silencio tan encontrados pareceres, hasta que aprovechando una pausa y sonriendo con malicia, exclamó: «También tengo mis opiniones a propósito del asunto; opiniones de mujer, claro, y, por consiguiente, despreciables; pero, en fin, valgan por lo que valgan, allá van.» Francamente, yo siempre estimé la opinión de las mujeres en mucho, y en más aún desde que, infiltrándose, como ahora parece ocurrir, el feminismo en los hombres, resulta lógico, por una ley de compensación, que se infiltre el masculino en las hembras. En consecuencia de este mi parecer, me dispuse a oír recogidamente el de aquella señora; al juicio imparcial de mis lectores lo someto:

«Más que una opinión—dijo—es un suceso lo que van a escuchar ustedes. Respondo de su autenticidad.

«Tenía yo una amiga, mejor, una de esas ciento a quienes llamamos amigas porque visitamos su casa para murmurar de ellas, como ellas visitan la nuestra con el mismo

objeto. Menos mal cuando estas amistades se llevan de casa un chisme que correr y no se llevau un afecto que destruir.

«Tenía yo una amiga—repito—la cual ocupaba, cuando yo la conocí, posición excelente, y a quien vaivenes de fortuna trajeron a un deplorable estado social y económico. ¡Pobrecilla!... ¡Pena daba mirarla y a compasión me indujeron multitud de veces sus desventuras!... Pero no es ese el caso.

«El caso es que a mi amiga le restaba de sus pasados esplendores una sola prenda, prenda riquísima en otras épocas, caricatura dolorosa de lo que fué en aquella a que me refiero. Cuantas camisas (de mujer, naturalmente) he visto, no pueden competir con la de autos, ni en lo finísimo de la trama que la componía, ni en lo primoroso de los bordados que la repujaban, ni en la finura de los encajes que se desbordaban por ella, ni en la riqueza de las cintas color de fuego que se ruborizaban sobre el descote que pudorosamente escondían. Era la predilecta de mi amiga; regalo de boda, lujoso trofeo del que no quiso desprenderse ni el día en que la ruina llamó a las puertas de su hogar con voz parentoria.

«No había manera de que abandonase aquella camisa. Cuando las necesidades del aseo le obligaban a quitársela, era para mi amiga cuestión de dos horas lavarla, plancharla y volvérsela a poner sobre el cuerpo. Su pobreza, resignada a perderlo todo, no se mostraba dispuesta a abandonar aquello. Y, claro, en fuerza de lavarla, de codearla con el uso, que todo lo gasta y destruye, la trama de la camisa comenzó a aclarar, los bordados se fueron desfilachando poco a poco, los encajes haciéndose girones, las cintas perdiendo su vivo color y su brillante satinado... Y mi amiga, en su terco empeño de que la camisa durara siempre, quitaba un encaje de este sitio para ponerlo en otro, replanchaba las cintas, tijereteaba en los bordados para rapar las deshilachaduras y zurcía la tela para esconder los aún imperceptibles rotos; perdía la mitad de su tiempo, que para otras cosas necesitaba, en esta faena, y hasta se erguía orgullosa en su lecho para contemplar su presea, reflejada por un espejo de mano, que hacía veces de tocador sobre la mesilla de noche.

«Mas ¡ay! que si su faena era cada día más larga, era también cada día más infructuosa. Llegó un momento en que la plancha no pudo convertir en cintas hilachos retorcidos, en que los bordados se convirtieron en líneas blancuzcas y deformes, los encajes en colgantes pingosos, y la batista, harta de descubrir la trama con púdica miseria, se declaró girón insolente.

«No para adornarla, ni para cubrir la servía ya aquel lienzo podrido, debajo del cual tiraban en invierno, amoratándose al contacto del frío, las carnes de mi amiga.

«¡Ay, Dios mío, Dios mío!—exclamaba ésta una mañana en que fui yo a verla, contemplando con angustia el pingo que tenía sobre las rodillas.—¡Cómo arreglarla!... ¡En qué forma colocar los encajes para que disimulen su vejez, y las cintas para que lo parezcan, y los remiendos para que no se noten! ¡Qué hago con ellos! ¡Qué hago!...—gritó dirigiéndose a mí.

«Mira—le dije;—que pongas los encajes donde están las cintas, y las cintas donde están los encajes; que remiendes así o así; que hagas lo que hagas, todo será inútil. Esa camisa está ya muy vieja; el uso la ha dejado fuera de combate. Se acabó. Tírala y cómprate otra. ¡No puede ser rica! Que sea nueva. ¡No puede ser de batista! Que sea de retor. La cuestión es que sea fuerte, porque el invierno es crudo.

«Pues bien, señores—añadió la autora de mi crónica;—los personajes a quienes ustedes defienden son como los bordados, y los encajes, y las cintas, y la batista de la camisa de mi amiga: valieron mucho, tuvieron su época; pero ya están inútiles por el uso y por el abuso. La camisa no sirve; hay que tirarla y ponerse otra.

«Peor que la vieja no ha de ser.»

JOAQUÍN DICIENTA

¿No podríamos los republicanos aprender algo en ese artículo de Dicienta, y obrar con arreglo a la enseñanza?

PUDOR INGLÉS

Miss María Corelli, renombrada novelista inglesa cuyas obras tienen lectores en todas las clases de la sociedad, ha publicado recientemente un folleto que está produciendo en Londres verdadera emoción, por las crudas acusaciones que lanza contra damas de la alta sociedad, constituyendo además una tremenda filípica contra los promovedores de la guerra sudafricana.

Poniendo en riesgo su popularidad, la novelista no se para en barras y descubre el velo que oculta los escándalos e inmundicias cometidos en el Sud de África por muchas señoras inglesas.

«Nuestras damas del gran mundo—dice miss Corelli con la mayor sencillez—son desesperadamente vulgares, impúdicas, y han perdido hasta tal extremo todo sentimiento de decencia, que no han buscado en los terribles sufrimientos de la guerra actual más que una excusa para dar satisfacción a sus viciosos impulsos.»

Y a renglón seguido reproduce lo siguiente, publicado por un periódico de la ciudad del Cabo:

«Las ociosas mujeres de la Society han invadido las principales poblaciones de las costas sudafricanas y organizado una campaña turística, entregándose al asalto de ciér-

tos oficiales que han acabado por capturar. La conocida señora de un muy conocido par de Inglaterra fué recientemente expulsada y enviada a Londres, por su escandalosa conducta con algunos oficiales. Esta lady cambió el traje de enfermera de ambulancia, con el cual se había disfrazado, por el uniforme militar. Lord Kitchener, escandalizado por las proezas de esta dama, la hizo salir para el domicilio conyugal.»

Los hechos denunciados han dado lugar a que algún periódico londinense pida que se abra una información, a fin de dar a conocer los nombres de esas «cortesanas tituladas y de esos «oficiales... de parada».

Con lo cual se conseguirá únicamente hacer entrar en deseos de ir al África a las damas que todavía no han ido. Las pudorosas inglesas las gastan así.

Lo que no hay que temer, es que vayan sin Biblia. Mucho impudor, mucho escándalo, pero Biblia, mucha Biblia: dedicando a Dios una hora, ya pueden tranquilamente consagrar al diablo las 23 restantes de cada día.

¿Pero cómo se parecen todas las gentes muy religiosas!

Curiosidad filatélica

SELLOS CON LOS RETRATOS

DE

ORENSE, FIGUERAS, RUIZ ZORRILLA Y CASTELAR

Están admirablemente grabados por el renombrado artista don Bartolomé Maura. Precio de cada sello 25 céntimos.

Los pedidos a la administración de El Motin.

Cosas Literarias y Artísticas

BOMBOS, COMPARACIONES Y OTROS EXCESOS

Dije en mi anterior artículo, al tratar de la personalidad literaria del señor Nogales, que una de las causas que más han influido en él para hacerle dar a todos sus nuevos escritos ese tinte de infatuación y petulancia de que adolecen, era el cúmulo de bombos exagerados y extemporáneos que por ahí le han prodigado.

Aparte los de *La Vanguardia* de Barcelona, que nadie debe tomar en cuenta, y menos aún el propio Nogales, en razón a los laos de amistad y creo que de parentesco que le unen al director de aquel diario, otros periódicos de provincias han caído también bajo la sugestión del triunfo en el concurso de *El Liberal*, más efestista y brillante en apariencia que real y positivo en el fondo, para poner en los cuernos de la luna la obra... digamos literaria, del señor Nogales.

Los bombos continúan, y no es esto lo peor, sino que van a acabar de sacar de quicio al interesado, si no tiene la serenidad de ánimo necesaria para apreciarlos en su verdadero valor.

Recientemente el pretencioso periódico barcelonés *El Mundo Latino*, publicó un largo artículo, exageradamente encomiástico para Nogales y más exageradamente malo como trabajo periodístico, firmado por un señor Pi y Suñer, en cuyo artículo, entre muchas atrocidades gramaticales e infinitos atentados contra la sintaxis y el idioma castellano, comete su autor la heregía literaria de afirmar «que Nogales ocupa con Eusebio Blasco el mejor puesto entre los articulistas literarios que en nuestra tierra tienen fondo e intención.»

Por muy acostumbrado que uno esté a leer majaderías y dislates en letras de molde, los hay a veces, como éste, de tal calibre, que es imposible dejarlos pasar sin protesta.

¡Cuidado si es peregrina la afirmación del señor Pi y Suñer!

¡Nogales, como literato, al nivel de Eusebio Blasco!... Vamos, se necesita ser... catalán para decir eso.

Eusebio Blasco, el escritor más fácil, ameno, ingenioso y correcto de esta época; que ha hecho él solo una labor intelectual bastante para crear diez reputaciones literarias; que posee una flexibilidad de ingenio que se adapta a todos los géneros y formas; que conserva, a despecho de los años que todo lo gastan y envejecen, la lozanía juvenil y originalísima de su estilo que imprime como sello propio e indeleble de su personalidad literaria en todos sus trabajos; que con igual soltura y maestría maneja y desarrolla la idea de un drama patético y conmovedor que la de una comedia delicada y satírica ó la de un sainete fino y regocijado; que ha sabido deleitar en verso y en prosa, en el teatro, en el libro, en el periódico a dos generaciones; que ha evolucionado a la par que el tiempo, siguiendo la corriente del buen gusto literario de la época sin anticuarse, dando siempre a su labor un carácter de actualidad que demuestra más que nada la admirable sutileza de su talento; un escritor de esta categoría, un literato de estas condiciones y con estas facultades, no puede, señor Pi y Suñer de mis pecados, ser comparado en nada ni para nada con Nogales.

Tal comparación sólo podría aceptarse cuando se tratara de presentar al uno como antítesis del otro.

Y no me venga el crítico catalán, panegirista de Nogales, con infundios de intelectualidad modernista apenas nacida y ya sentenciada a muerte por el sentido común y la buena lógica.

La sana razón nunca podrá aceptar como de buen gusto las extravagancias y ridículos de ese género literario en boga entre las gentes de cerebro dislocado.

En cuanto a esa absurda comparación, ya sé que por analogía muchas cosas pueden compararse.

Decir Eusebio Blasco y José Nogales, literatos, es como si se dijera, el Amazonas y el Manzanares, el Himalaya y el Cerro de los Angeles, New-York y Carabanchel Bajo. Todos son ríos, montes y poblaciones; hay entre ellos analogía; pero ¿y la diferencia? Hay que saber distinguir, señor Pi y Suñer.

Pero creo que estoy perdiendo el tiempo. Bien considerado el asunto, ¿qué autoridad puede concederse en esto de hacer comparaciones literarias entre Blasco y Nogales a un señor catalán que maneja el castellano de esta guisa:

«El verdadero vigor sólo puede obtenerse por intelectualidad muy elevada y de profundo cultivo y por protección mutua de verdadera caridad y desinteresado amor al prójimo, prendas humanas de la mayor importancia...»

Me parece que el parrillito tiene miga. ¿Y este otro?

«Cuando habremos llegado a tal perfeccionamiento, con razón nos reputaremos superiores a los demás animales...»

En esto tiene razón. Cuando habremos aprendido por lo menos a escribir, podremos creer que somos algo superiores a cualquier animal.

Lo que dejo copiado lo escribe muy serio el señor Pi y Suñer en un artículo sobre *filosofía social*.

De Nogales dice, con una sintaxis deplorable, entre otras cosas a cual más desatinadas e incongruentes, esto:

«Es también un gran pensador, en su—casi lo llamaría poema—*Cereal*, como a tal se presenta.»

¿Qué tal?

¿Como a tal se presenta!... Pero vamos claros: en eso que el señor Pi y Suñer casi llamaría poema, ¿cómo se presenta Nogales? ¿Como gran pensador? ¿Como cereal?... ¿Qué horrible duda!

Casi estoy por creer que ese señor Pi y Suñer es un guasón de primera, ó un enemigo sañudo y encubierto del pobre Nogales a quien trata de poner en ridículo; porque para remachar el clavo, dice además, que Nogales en su *Cereal* «habla del problema de la unidad; de la energía, de su transformación y de la energética vital con seguridad que tal vez más de un filósofo naturalista le enviaría», y que en dicho artículo *Cereal*, que lo mismo podrá tratar del trigo que de la cebada, «plantea y resuelve en pensamiento el problema social más pavoroso...»

¡Oh! Si; pavoroso porvenir esperaba a la literatura castellana si por ahí siguieran surgiendo escritores y críticos del fuste y calibre de los señores Nogales y Pi y Suñer.

Los manes de Cervantes no se alcen airados a pedirle cuentas a *El Liberal*.

José CINTORA

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas franca de porte y certificada.

Para los suscriptores a *El Motin* a 10 céntimos, cargándose únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

TROZOS APABULLANTES

Los que van a continuación, pertenecen a la Memoria que presentó en las Cortes de Cádiz el ilustrado presbítero don Antonio José Ruiz de Padrón, pidiendo la abolición del llamado Santo Oficio.

En ellos puede ver el literato don Juan Valera y los mequetrefes que le imitan, cómo fomentaban los inquisidores la cultura y la ilustración en España:

«Tírese una rápida ojeada sobre la faz de la Península después del establecimiento de la Inquisición, y se verá que desde aquella desgraciada época desaparecieron de entre nosotros las ciencias útiles, la agricultura, las artes, la industria nacional, el comercio. Examine la estadística de esta vasta y rica nación, y se notará progresivamente su decadencia y despoblación hasta llegar a poco más de diez millones y medio de habitantes, la mayor parte miserables, cuando por la benignidad de su clima, por su localidad y feracidad de su terreno puede sustentar más que doble número. Degradados los españoles de la altura de su antiguo poder y sabiduría, al mismo tiempo que pedían su energía y libertad, caían en el más espantoso abatimiento, perdían su preponderancia y se entregaban insensiblemente al apocamiento y esclavitud. No es fácil calcular hasta qué punto de decadencia hubiera llegado esta magnífica y heroica nación sin la convulsión política originada de la invasión del tirano de la Europa.

Pero aún hay más. De una devoción ilustrada, apoyada en la Sagrada Escritura, en los escritos de los Padres y otros autores nacionales, eminentes en virtud y literatura, vino a parar en una agradable superstición y en un orgulloso fanatismo, que tanto ultrajaron a la majestad y santidad de la religión. Se vio abandonada por lo general la predicación del Evangelio; se descuidó la instrucción pública, y desapareció la práctica de las virtudes sociales que deben formar el carácter del ciudadano católico, y en su lugar se dio acogida a las más pueriles devociones, a prácticas ridículas, a libritos y folletos atestados de cuentos, de visiones, de revelaciones falsas y de milagros fingidos, cuyo conocimiento está reservado exclusivamente a los Supremos Pastores de la Iglesia.

No se encuentra más copia de sagrada erudición, más unción y energía en las obras inmortales de un fray Luis de Granada, de un fray Luis de León, del venerable Avila, de Santa Teresa de Jesús, que en tantos folletos ridículos que casi todos tiran a la superstición y fanatismo? Pero ¡ay de mí! Dos de aquellos varones fuertes, de aquellas almas justas que veneramos como a nuestros padres, no sólo en la pureza y elegancia del idio-

ma, sino en la doctrina y religión santa, fueron á parar á los calabozos de la Inquisición. Niéxuelo, si se atreven, los abogados y patronos de este despotico Tribunal.

Si la memoria de aquellos ilustres héroes, de aquellos claros varones que han sido el ornamento y gloria de la patria, no quedó manchada con el borrón de la infamia á que los expuso la Inquisición, fué porque el esplendor de sus virtudes triunfó demasiado de las negras sombras que adornan á este feroz establecimiento. ¡Desgraciada virtud si se han de apreciar sus quilates por la ignorancia y presunción de los mandones! No es creíble el influjo de autoridad y preponderancia de poder que se adquirió la Inquisición con estos golpes maestros de su política. A vista de estas prisiones detestables, se apoderó un terror pánico del espíritu dócil y piadoso de los españoles. Atónitos y sorprendidos al notar que ni las personas más respetables y visibles por su saber, por su santidad y sus virtudes estaban libres de la vara de hierro de este horrible Tribunal, ¡qué español, por virtuoso que fuera, se creería seguro de no caer en sus garras? Yo quisiera que todos los que me oyen se detuvieran sobre esta reflexión.

No fueron estos los únicos personajes de virtud y literatura que sufrieron el yugo inquisitorial. San Francisco de Borja, San José de Calasanz, padre y fundador de las escuelas pías, fueron también víctimas de la Inquisición. Y cuántos sabios, cuántos literatos de primer orden no experimentaron la misma triste suerte! Las conciencias y las artes son tan incompatibles con la Inquisición, como lo es la luz con las tinieblas. Bastaba distinguirse un sabio para ser el blanco de este Tribunal; y á fe que su cálculo era bien fundado, porque debiendo su origen impuro á un siglo de tinieblas, y sostenido siempre por la mano de hierro de los despotas, se alarmaba á la menor ráfaga de ilustración que pudiera con el tiempo descubrir al mundo su sistema de opresión y tiranía. Este ídolo no pudo sostenerse sino en medio de la oscuridad y del error.

Daré una idea sucinta de los sabios y literatos, ya nacionales, ya extranjeros, que este Tribunal sacrificó á su furor y estupidez. A principios del siglo XVII apareció en el teatro de la Italia un hombre extraordinario por su saber, á quien las ciencias deben infinito, y al instante fué sepultado en las cavernas de la Inquisición; el inmortal Galileo. Este grande hombre rectificó el verdadero sistema del mundo, que en la antigüedad había promovido Pitágoras, que resucitó después Nicolás Copérnico, y que últimamente adoptó Newton. Aquí está todo el pecado del filósofo florentino. Es verdad que los inquisidores de aquel tiempo no eran á propósito para entrar en los arcanos de esta filosofía, y procuraron vengarse del filósofo, que sabía más que todos ellos. Fué tal la impresión que este bárbaro atropellamiento hizo en el espíritu del célebre Descartes, que según se explica el autor de su vida, pensó quemar todas sus obras filosóficas para que no cayesen en manos del Tribunal.

Y qué pérdida hubieran sufrido las ciencias si llegaran á quemarse los escritos del padre de la filosofía moderna! Pico de la Mirandola, á pesar de su alto nacimiento y profunda sabiduría, fué también víctima de la Inquisición. Pedro Ramos sufrió la misma suerte. Ello es que ya sea en persona, ya en sus escritos, apenas hay sabio de nombre que no haya sido perseguido por este Tribunal. Entregado por muchos años á la astuta política de los jesuitas, toda obra contraria al sistema tortuoso de la Compañía era proscrita al momento. Diganlo las famosas provinciales de Pascal, que por haber descubierto al mundo el gobierno despotico y máximas corrompidas de la Compañía, fueron proscritas en el expurgatorio como prohibidas en primera clase, al mismo tiempo que corrían impunes las obras de los casuistas, donde rebosaba la más relajada moral.

Digalo la historia pelagiana del sapientísimo cardenal de Noris, que fué prohibida por la Suprema. En esta obra insigne se trata del sistema de la Gracia, según los principios de San Agustín, que adoptó la Iglesia, pero era contraria á los principios del jesuita Luis de Molina, y fué por tanto condenada al expurgatorio. Ni bastó la Suprema autoridad de Benedicto XIV para arrancar del Índice una obra tan ortodoxa, pues también la Inquisición se atrevió más de una vez á eludir los decretos del Romano Pontífice. Fué necesario que Fernando VI, indignado del atrevimiento y desobediencia inquisitorial, mandase que el inquisidor general levantara el furioso anatema.

Y qué necesidad tenemos de ir á buscar sabios extranjeros perseguidos por la Inquisición? Hay tal abundancia en nuestra España, que sería imposible enumerarlos todos. Ya veo en sus garras al diligente y sabio restaurador de nuestra literatura Antonio de Nebrija; á Fray Juan de Villagarcía, catedrático de Oxford; al elegante y culto historiador Fray José de Sigüenza; á Alfonso de Zamora, catedrático de hebreo en Alcalá; á Cantalapedra, catedrático de Salamanca; á Diego de Zuñiga, catedrático de Osuna; y el muy doctor Francisco Sánchez de las Brozas, reputado en todo el orbe literario por padre y maestro de las Instituciones latinas, fué á morir en las cavernas de la Inquisición de Valladolid. Con su infame prisión quedaron sepultadas para siempre sus elegantes traducciones de varias obras de la antigüedad. Así fueron presos los Vergaras, Tovarés... ¿Qué más? Hasta el incomparable Arias Montano, gloria y honor inmortal de nuestra literatura, estuvo ya para caer en las garras del terrible y sombrío Tribunal. Le valió á este sabio de primer orden la consideración de haber presentado en el Vaticano á Gregorio VIII la Real Biblia poliglota.

Cuando no podía arrastrar con las personas de los autores, prohibió á sus discípulos sus obras para purificarlas. ¡Qué inmensa copia de escritos ortodoxos no ha suspendido la Inquisición, sin contar en ellos la menor tacha, en prueba de lo cual, ó los devolvió á sus autores ó les dió curso después de su muerte! Que hablen las obras de Fernando Pérez de Oliva, las del insigne Ambrosio Morales, padre de nuestra historia; las de Gaspar Jueñin... No acabaría si hubiera de enumerarlas todas, ya sean de filosofía, ya de teología, ora de política, ora de moral.

A lo que hemos llegado

Estaba el herrero del pueblo de Verdelpino de Huete, Petronilo Viagel, trabajando en su fragua, cuando pasó una procesión á paso muy lento.

Tenía prisa en acabar la obra que entre manos tenía, y como estaba en su casa y bien adentro, creyó que podía seguir trabajando mientras los holgazanes de afuera se distraían.

Pero no le salió la cuenta, porque,

después del consiguiente escándalo dado por el cura, fué llevado á los tribunales y condenado á cinco días de arresto, quince pesetas de multa, costas y gastos. Quiso interponer recurso de alzada por infracción de ley, y no encontró en toda aquella comarca ni procurador ni abogado que se atreviera á presentar el escrito.

Es decir, que los abogados y procuradores, que se encargan de la defensa del ladrón, del asino, del parricida, se niegan ya á defender al hombre honrado que, confiando en que la ley le ampara, se permite dentro de su casa permanecer en la actitud que estima conveniente.

Siguiendo así, muy pronto vamos á vernos obligados los que no comulgamos con ruedas de molino á emigrar al Riff, para encontrar siquiera algún asomo de tolerancia.

País donde los abogados, que se alquilan por razón de oficio para defender todas las iniquidades, todas las injusticias y todos los crímenes, tienen ya tanto miedo al clericalismo, ¿á quién puede recurrirse para demandar justicia?

Estamos mucho peor que pensamos. Y tan conformes y tan contentos, que es lo peor. No nos queda ya ni el valor necesario para protestar... de palabra.

DESDE PARÍS

París, la capital de la gran revolución de 1789 y de la Comune, es la población que dispensa acogida más entusiasta á los grandes tiranos de la Humanidad.

Todos ellos, desde el czar que ahoga con sangre en la Siberia el pensamiento de la Rusia liberal, hasta el shah que impide con la pena de muerte que penetre en sus estados el progreso y que decapita á sus vasallos ricos para apoderarse de las haciendas que poseen, encuentran en París entusiasmos y aplausos que sólo debiera reservar este pueblo republicano para los grandes espíritus que han puesto al servicio de sus semejantes su inteligencia y su vida.

Decididamente el liberalismo atraviesa en Francia una crisis terrible y está próximo á ser vencido por la monarquía y el clero.

Yo he visto agrupadas en calles y plazas millares de personas al paso del shah de Persia para vitorearle con un entusiasmo tan caluroso, que los parisenses llegaron á figurarseme fieles vasallos de aquel monarca bárbaro.

Yo he escuchado gritos de indignación y rugidos de venganza lanzados por los franceses contra el desdichado que atentó á la vida del soberano persa, y acabo de leer en varios periódicos insinuaciones á la justicia para que se condene á muerte á Salsoni, toda vez que está probado que con el arma de que no llegó á hacer uso, pudo acabar con los días del shah.

La prensa toda, á pesar de no ser la política del rey Humberto grata á la Francia, ha cubierto estos días sus columnas con elogios para el soberano italiano y con diatribas é injurias para su matador, cuidando de ocultar piadosamente los hechos fatales que para la libertad y el bienestar de Italia llevó á cabo el difunto.

Aquí, evocados por el nacionalismo, resurge con poderosa fuerza las glorias guerreras y las tradiciones venerandas de la iglesia católica. No pasa un regimiento por las calles sin que millares de voces griten: ¡vive l'armé! ¡vive le drapeau! y no pasea un cura sin que la mayoría se descubra.

El ser monárquico y católico es de buen tono, y el pensamiento francés, que dió al mundo los derechos del hombre y la libertad de conciencia, retrocede muchos años y pide que su ejército renueve las glorias de Luis XIV y Napoleón.

La locura llega al extremo de que los nacionalistas insulten á diario á Inglaterra y crean necesaria una guerra con la Gran Bretaña para vengar lo de Fashoda. Pero bien claro se ve que la bandera que ansían pasear triunfantes por Europa no es la tricolor, símbolo de la verdadera grandeza moral de este pueblo, sino la blanca ó la de águilas imperiales, representaciones ambas de la tiranía y de la rapacidad de los Borbones y de los Bonapartes.

Los escaparates de las tiendas están llenos de fotografías y de esculturas representando á Napoleón I en todos los momentos históricos de su vida, y los de las librerías repletos de memorias, cartas, biografías y relatos de hazañas concernientes al Petit Caporal.

Parece que Francia pide un amo y hay quien asegura que el czar aspira á regalar á los nacionalistas, en clase de emperador, al príncipe Napoleón, que sirve como general en el ejército ruso.

Lo cierto es que la República se sostiene porque sus hombres, dotados de gran tacto y de no menos energía, halagando los instintos de los machos monárquicos que aquí hay, mantienen la institución con mano firme y castigan con dureza á los que atentan contra ella.

A pesar de los halagos de nacionalistas y patrioterros, el ejército sigue siendo fiel servidor de la patria, pues por fortuna para Francia, sus soldados son hombres instruidos que tienen conciencia de sus deberes y de sus derechos y que aman á la República.

Por esto deja el gobierno que los monárquicos trametan pequeñas conspiraciones y

que su prensa ataque descaradamente á la República. Esta fia en su fuerza y permite que sus enemigos se expansionen aclamando á reyes extranjeros y colocando en los urinarios rótulos con vivas al príncipe Napoleón y al duque de Orleans.

Triste es la obra del nacionalismo, y no en vano la juzga Mr. H. Maret del siguiente modo en *El Radical*:

«Se siente—dice—en el aire una ferocidad bestial; es como un veneno que penetra en nuestro cuerpo, como una gangrena que gana terreno en nuestra naturaleza.»

El boulangismo no tenía este carácter de infección. Era en el fondo un buen muchacho, alegre, aunque un poco loco, y era, al fin, francés. Esto no es de nuestra casa; es torpe, vergonzoso, cobarde y bárbaro.

Esto sale de letrinas de conventos, abiertas para asfixiarlos. El nacionalismo aparece como un cólera morbo que apesta y deshonra á la nación.»

Confiemos en que los buenos republicanos sanearán esta atmósfera y salvarán á la libertad y á la Francia, puestas en peligro.

J. JORGE VINAIXA

París, Agosto de 1900.

El alcoholismo

Los daños del alcoholismo son tan evidentes, que todos los Gobiernos de Europa van adoptando medidas prohibitivas para cortar el mal.

Recientemente en Francia el general Gallifé, siendo ministro de la Guerra, prohibió la venta de bebidas alcohólicas en las cantinas de los cuarteles.

Esta prohibición existe en Inglaterra desde 1840, y en Bélgica desde 1886.

En Suiza, desde 1896, se castiga á quien venda aguardiente á las tropas.

En Rusia, el gran duque Wladimiro ha dictado una orden prohibiendo la expendición de toda clase de bebidas alcohólicas á los soldados.

Los exploradores Stanley y Nanses no permitían á sus servidores tomar la menor cantidad de alcohol, porque hubiesen perecido bajo el horrible clima de las regiones que descubrieron.

Las muertes por el calor registradas este verano en Inglaterra, se deben principalmente al excesivo consumo que allí hacen de toda clase de bebidas alcohólicas, y que es causa de que los cuerpos no resistan temperaturas algo elevadas. En Africa, en la India y en parte de América, donde aún no conocen muchos venenos espirituosos de Europa, los naturales disfrutan de mejor salud, son más fuertes, más robustos y más sufridos, y las razas no degeneran como en la alcoholizada Europa.

Una de las armas más eficaces que ingleses y franceses utilizan para dominar en los países «salvajes», es el alcohol, prodigándosele á los indígenas hasta ponerlos á la altura de muchos europeos.

Toda la propaganda que se haga contra el alcohol, redundará, pues, en beneficio de la salud pública y del vigor de la raza.

LA JUSTICIA

Cojieron á un pobre hombre unos ladrones, y en despojarle diéronse tal prisa que al punto le dejaron sin calzones, perdonándole sólo la camisa.

—¡La justicia!—gritaron los bribones;—

y el pobre, con tristísima sonrisa,

—¡Justicia!—dijo—Pues me deja en cueros!

—¡Con ustedes me marchó, caballeros!

SECCIÓN AMENA

LA VENGANZA DEL DIABLO

(CUENTO)

El cura de Turleque era un señor de excelente corazón y buenos sentimientos, cuyo carácter era una verdadera malva, si no le tocaban á dos puntos flacos; el diablo y el liberalismo.

Odiaba á Satanás don Casimiro, que así se llamaba nuestro cura, por ser inventor del liberalismo y al liberalismo por ser invento de Satanás, y no alcanzando otras causas sus odiosidades que las que le ofrecía el círculo vicioso que en su inteligencia se formaba, aborreció á los dos enemigos como causa y como efecto, por activa y pasiva.

El enemigo más importante y más encarnizado que don Casimiro tenía en Turleque, era el señor Juan, labrador acomodado y jefe de los republicanos del pueblo.

Entre el cura y el republicano se trababan con frecuencia grande polémicas; apoyaba él sus razones en Santo Tomás y el segundo en Voltaire, pero como ni don Casimiro había leído al doctor Angélico, ni el señor Juan al patriarca de Ferney, acababan en disputa sus elogios, tratando el cura al labrador de liberalote, endemoniado y éste á aquél de obscurantista é ignorante.

Pero la disputa más grave, fué la que armaron los dos antagonistas después de un sermón en el que don Casimiro había dicho: «Es preciso, ¡hijos míos! es preciso que, si queréis salvar vuestra alma, ese tesoro preciosísimo que Dios ha confiado á vuestra guarda, no solamente evitéis el pecado, sino también las ocasiones de incurrir en el que os ofrece á cada paso la sociedad moderna.»

«¡Huid, hijos míos, huid de toda familia cuya casa no sea como el hogar cristiano de nuestros padres, huid de los libros y periódicos dañosos que tanto abundan ahora á causa de las libertades, y sobre todo huid del liberalismo, ese monstruo de los infiernos, fuente de todos los errores, plaga de esta sociedad, obra maestra del diablo.»

«Sí, no vacíis en afirmarlo, del diablo, de ese Satanás maldito, feo, cruel, ingrato, angel rebelde, traidor, hipócrita, el conjunto de todas las maldades.»

Al terminar la función de iglesia, el señor Juan que estaba, como vulgarmente se dice, á medios

pelos, increpó al cura, diciéndole que sabía por referencias (el señor Juan no entraba nunca en la iglesia), que había insultado al diablo y que se anduviese con ojo, porque si Luzbel le cojía por su cuenta en el infierno, la venganza sería terrible.

Se indignó el cura, insultó al señor Juan, y luego explicaba el caso ante un grupo de devotas y devotos diciendo: «Ya veis, la masonería llega en su ceguera hasta el punto de querer dar culto al diablo; y el bueno de don Casimiro prorrumpe de nuevo en una serie de inventivas contra Satanás y de paso contra el liberalismo.»

Algún tiempo después de esta disputa murió el señor Juan fuera del seno de la iglesia, y su alma fué enviada al infierno, á pesar de que don Casimiro le encomendó á Dios como hacía con todos sus feligreses.

Tampoco el cura vivió mucho tiempo, y dos años después de su adversario político compareció ante el juicio de Dios.

Iba don Casimiro muy ufano ante el tribunal divino, pero le salieron mal las cuentas, porque á causa de su exagerada gula y de otros defectillos fué condenado al fuego eterno.

Nuestro cura entró desesperado en los dominios de su feroz enemigo, el cual dijo al verle: «Este cura que en todos sus sermones me llamaba feo y me ponía de vuelta y media, que vaya á las calderas grandes y que un lugarteniente mío se encargue de darle su merecido.»

Fué conducido don Casimiro á las calderas conocidas con el nombre de Pero Botero, antiguo diablo jefe de ellas, y se encontró con que el encargado de atormentarle era el señor Juan, á quien Satanás había hecho su lugarteniente, agradecido á los servicios que en la tierra le había prestado.

Se admiró don Casimiro de ver al señor Juan en una situación relativamente agradable, porque aunque tenía ligeras quemaduras, no estaba obligado á padecer ninguno de los crueles tormentos que él daba á los demás.

—¿Lo ve usted, don Casimiro—fecia el antiguo demagogo,—lo ve usted como tenía yo razón? Por hablar mal tantas veces de Luzbel, éste le ha enviado á estas calderas donde sufrirá más que en otra parte, y en cambio si le hubiera servido como yo...

—¿Por qué iba á hacer—replicó el acongojado cura,—si yo servía á Dios?

—Pues no insultar á nadie, por si acaso, contestó el señor Juan. Yo serví bien á Satanás y ocupé un lugar distinguido en el infierno; y si usted hubiera servido bien á Dios y hubiera hecho la mitad de lo que predicaba, estaría entre los bienaventurados y no tendría yo que cansarme en darle tantos tizonazos.

EMILIO RANCES

Nervosismo fin de siglo

Leonardo Bianchi ha dado una conferencia en el Círculo Filológico de Nápoles sobre este punto, comparando sobre todo los estigmas neuropáticos de los tiempos pasados, especialmente los de la Edad Media con los de hoy, cuyas ideas capitales son las que siguen:

Después de tratar del misticismo ascético de nuestros antepasados entre la esperanza de la vida futura y el miedo al demonio, llega á nuestro siglo, el siglo del trabajo y la fatiga, el de las batallas del progreso, el de las aspiraciones individuales, el de las grandes agitaciones, etc.

La neurosis ha cambiado, y sus principales caracteres son:

La laxitud, que abate y desanima.

El miedo, que hace huir, que detiene, que coarta.

El descontento, que nace del pesar, de los placeres y de la ambición no satisfecha.

El tedio á la vida, que hace desear el silencio de la tumba, que se presenta al alma angustiada como la más dulce de las libertades.

La indiferencia, que llega hasta la apatía; la incapacidad, que puede llegar hasta la estupidez.

La desconfianza, que lleva á la imaginación del agotado el desfile fantástico de enemigos y de concurrentes á la dicha á que él aspira.

El ensueño, que reproduce lo que pasa en los secretos de la conciencia.

La excitabilidad, que termina en las convulsiones.

La irritabilidad, que oculta la gran neurosis bajo los pliegues del vestido burgués.

La agitación y la necesidad de estimulantes siempre nuevos, siempre más energéticos, que sirvan para disimular la fatiga, la ansiedad, el dolor y el miedo, de que no están exentos ni los valerosos.

La intolerancia para con las restricciones, y la disciplina que denota esa gran hipertrofia del egoísmo, cuyo máximo está en la epidemia anárquica.

Después de esto, sólo se me ocurre decir:

Pues si la raza humana está ya así, convendría que desapareciera pronto. De esta manera se le daría pretexto á Jehová para agarrar otro poco de barro, de mejor calidad que el empleado antaño, y moldear otro Adán más perfeccionado.

Y quizá de este modo surgiría una nueva raza potente de cuerpo y espíritu que renardase decentemente la vida humana en el planeta.

Y en el caso de haber sido un mono nuestro progenitor, corre prisa buscar si quiera una docena de monos descendientes de aquel en línea recta, para ver si lográbamos que se renovase la sangre de los micos y los titis que representamos hoy la especie humana.

De lo contrario estamos perdidos con tanta neurosis, tanto miedo y tanto abatimiento.

LAS MISIONES EN EL EXTREMO ORIENTE

Tienen una horrible actualidad estas líneas del ilustre Jaccoliot:

«Los católicos romanos tienen sus iniciados y sus fanáticos exactamente como la vieja sociedad sacerdotal de la India, y respecto á este punto debemos dar á conocer una de las cosas que más han herido nuestra conciencia, durante nuestros viajes por el extremo Oriente.

«Todos recuerdan la escandalosa quiebra del padre jesuita Lawalette. Pues bien, recórranse la India, la China, el Japón, la Oceania; cada casa de misioneros es una factoría de arroz, indigo, seda y algodón; desde hace veinte años se ven los mismos hombres comerciando, atesorando en provecho de alguna caja desconocida... y disfrutando de una vida agradable y tranquila en el seno de la abundancia; de todas cosas son iniciados.

«Por debajo de ellos hay cierto número de fanáticos, arrancados al arado, que se preparan según la fórmula, y que mandan por hornadas, y según las necesidades, á cada sucursal... De tiempo en tiempo, cuando los fieles miran al lado del Oriente, preguntándose qué se ha hecho de la catequización del Japón y otros lugares, en momentos dados se envían cinco ó seis de esos desdichados á sublevar en nombre del Cristo alguna población del interior de la China, ó de la costa de Corea—se conocen los buenos sitios—el golpe jamás falla, y al cabo de algunos días, la fe cuenta cinco ó seis mártires más... La católica cristiandad estalla entonces en regocijo, y Roma tiene ya para muchos años que beatificar y canonizar.

«Desafiamos á quien se le ocurra acusarnos de calumnias al leer estas líneas, á que interroge á cualquiera que haya vivido en China, en el Japón, ó en Corea, y conocerá lo que no nos atreveríamos nunca á escribir.»

Esto por lo que hace á las misiones católicas; y en lo que se refiere á las protestantes, ya nos lo dice un importante periódico belga, recientemente, en estos muy expresivos renglones: «Mr. Salisbury, el primer ministro de Inglaterra, acaba de pronunciar, ante una reunión de misioneros, un importante discurso, en el que se ha lamentado amargamente de los excesos de los misioneros en China.»

Ya lo vemos: á la Iglesia romana por obra de sus pretorianos, y á la anglicana por la de sus pastores, cuyo imbecil espíritu catequista entre los indostanes creyentes del Brahmanismo es el mayor de los religiosos dislates, (1) se debe la chinoeuropea conflagración, que ya ha hecho correr la sangre á ríos, y que va á hacerla correr á mares.

Sólo el desconocimiento plenísimo de lo que fué y de lo que es el sacerdotal proselitismo, católico y protestante, puede atribuir á la amarillita barbaire lo que ahora acontece en el Celeste Imperio. Los Torquemada y los Calvino no acabarían, interín la base que les sirvió y que les sirve de apoyo, no se borre del accidental sentir.

No se olvide que la idea religiosa en China tiene origen en la razón, no en la metafísica, y que la ética de las tres religiones que allí se profesan es de todo punto admirable. De aquí puede deducirse que no hay algo más estéril, y aun podría decirse más ridículo, que pretender cristianizar á ese cultísimo imperio en el religioso orden y en tantos otros que los muy estrechos límites me veda relacionar.

Un poeta chino quiere barrer á los occidentales, á la manera que el huracanado viento barre las hojas secas; y le sobran motivos. Los ingleses asesinando lentamente á su raza con el contrabando de opio, á viva fuerza introduciendo los yanquis negado el fuego y el agua á la más sobria, pacífica y trabajadora de sus inmigraciones; las tan inicuas matanzas que en la inermes masas que la componen se perpetran á menudo; la misionera bestialidad que conocemos, la mercantil explotación y el aire de matoneo que es ya como el uso obligado de nuestros viajeros en la tierra de este varonil hijo de las masas, dan á su enérgica inspiración un sentido tan formidable como justo.

J. DE LA HERRIDA

La piadosa Inquisición

CATALINA PERNAS

Pedro da Ponte y Catalina Pernas, su mujer, vivían honradamente en la feligresía de Santa María de Cela, ejerciendo el esposo su oficio de zapatero. Tenían una hija, cuya hermosura fue la desdicha de sus padres, pues enamorador de ella un Comisario del Santo Oficio, comenzó á perseguirla; y valido de sus fueros y del temor que inspiraba el terrible y poderoso Tribunal de la Fe, no dudó un momento en llamar á la misma Catalina su madre, y con alhagos primero, y con amenazas después, procuró inducirla descaradamente á que fuese tercera para su hija, llevándosela á su casa. ¡A tal extremo había llegado la insolencia de los jueces y familiares, y la moralidad de la justicia religiosa!

Catalina Pernas se indignó y se resistió valerosamente á entregar la honra de su hija, pero fué presa y delatada por el dicho comisario á la Inquisición de Santiago, suponiendo delitos de herejía.

Separárela arbitrariamente de su honrado marido y de su hija (que quizá sin su apoyo caería en brazos del impudente Comisario), á mediados de Julio, ingresando en las cárceles secretas el día 20 del mismo mes del año 1621; todo esto,

(1) Porque ya es absurdo ir á la India, cuna de la occidental cultura, de todas suertes, y muy especialmente de la religiosa, á imponer la burda copia hebraico-cristiana, es decir, á quien posea el original auténtico.

como de costumbre, después del rigoroso secuestro de bienes, sellada y cerrada la casa, depositados los bienes, y puesto en medio de la calle al pobre artesano Pedro da Ponte y a su hija, infamados por el dictado de bruja que se dio a la buena madre Catalina Pernas.

Tenia esta reo cincuenta años de edad, y acudieron a la audiencia nada menos que 21 testigos de cargo, llevados por el infame Comisario. Anotar aquí los despropósitos y extraños embustes de que iban prevenidos y ensayados estos testigos, (que sólo al temor y al poder del cacique obedecían) sería cosa muy extensa; apuntaremos sólo los principales.

Contenidos en afirmar todos aparecer como público y notorio que Catalina era bruja-hechicera y que, como a tal, acudían de diversas partes a pedirle remedios para que curase enfermedades y deshechiese hechizos, añadió un testigo que tenía la costumbre de decir esta reo: «Renego de Dios e de sus santos» y que también renegaba de nuestra santa fe y del angel de la Guarda, cargos ya más que suficientes para la hoguera.

Otros dijeron que Catalina, del zumo de varias yerbas y mezclando incienso, hacía y daba a beber medicinas, diciendo entre dientes algunas palabras que no entendían, y que ponía en práctica otras muchas supersticiosas ceremonias, jactándose de que, si no la pagaban, no sanarían sus clientes; y algunos testigos aseguraron que, en efecto, así lo habían experimentado; y otros que, si ella quería que dos personas se quisiesen bien, por medio de sus drogas, pocimas, brebajes y conjuros supersticiosos, lo conseguía, de tal suerte, que traía engañada a mucha gente.

Estando con Catalina a la puerta de su casa, dijo otro testigo, para probar su gran poder diójele la reo que había venido allí un raposo con un conecro, y que en efecto luego había aparecido el animal.

Otros dos testigos contestan y declaran que en diversas ocasiones había oído decir a la bruja, quejándose, que cuando desahía algún hechizo lo pagaba bien caro, porque el demonio la castigaba enojado por ello.

Pero lo más notable y singular, es lo que refiere el último de los testigos.

Tenia éste, según dice, unas vacas enfermas, y dando en la virtud de la hechicera, fué a buscarla para que se las curase.

Emprendieron la marcha hacia la casa del testigo, y siendo ya de noche y conversando, diójele la reo en el camino que le había de hacer un ruín juego y que se fuese delante de ella, porque ella había de seguir «en otra figura»; mas con empeño diójele encargado antes de separarse, que por cosa alguna que viese había de decir ¡jesús!

«Desapareció la bruja, al decir esto, volando como un pájaro; y se le puso delante al testigo un animal como un castrón con tres cuernos, el cual le amenazaba».

Teniendo el testigo la embestida quiso huir, y llamó a voces por Catalina Pernas, diciendo que se encomendaba a Dios, y a ella, y que luego se le apareció la reo otra vez volando y le dijo: «¿No te dije que no dijese ¡jesús!... Pues no hagas mal al castrón, que él no te lo hará».

Inmediatamente desaparecieron el castrón y Catalina, y el testigo, más confiado ya, continuó el camino de su casa, donde debía verificarse nuevos prodigios.

Halló las puertas cerradas, contra costumbre. Llamó repetidas veces y nadie le respondió. Entonces, desesperado, «arrancó las puertas» (textual) y entrando y encendiendo lumbré llegó a donde estaba su mujer, la cual dormía tan profundamente, que nunca pudo despertarla hasta que salió de debajo de la cama la bruja Catalina Pernas sonriéndose y diciéndole: «¿Por más que hagas, hasta que yo quiera no ha de despertar». Y así llamándola ella, despertó al instante.

El día 29 de Julio fué conducida a la Audiencia la acusada, y se la encarceló por vez postrera dijese la verdad, porque estaba negativa de tanto crimen. Catalina persistió, y dijo que el Comisario delator era su enemigo, porque hacía dos años que la perseguía procurando fuese tercera para con una hija suya, llevándose a su casa; y por no haber accedido le hiciera esta información, amenazando a los testigos que no querían decir lo que él pretendía.

No conforme el tribunal con estos descargos, sujetó a tormento ad arbitrium a la infeliz Catalina Pernas, durante los tres días consecutivos 29, 30 y 31 en los cuales, y a pesar de la dureza de los dolores, perseveró en su declaración primera, pidiendo misericordia y una segunda deposición o ratificación de los testigos.

Parece que en el último día de tortura los cordeles que apretaban en múltiples vueltas los brazos y piernas de aquella mujer, habían ya penetrado hasta los huesos, desmayándose Catalina varias veces y siendo necesario asistir en la continuación de tan horroroso suplicio.

Apeló, entonces, el tribunal a la segunda declaración de los falsos testigos; y siendo llamados éstos, los que habían dicho que la reo renegaba se retractaron y fueron penitenciosos por eso, y los otros, algunos variaron contradiciéndose en algunas cosas, por lo que resultó que esta mujer se emborrachaba y solía decir algunas chorrerías.

El tribunal santo no había de condenarse a sí propio ni a su Comisario: bastante hacía al fin, que abandonaba su presa y sus bienes destruida y enferma aquella, y perdidos e inflamados éstos con la deshonra.

El 15 de Agosto de 1621, día solemne de la Asunción de la Virgen, tuvo lugar este pretendido desagravio en la sala de la Audiencia y después de la misa, en el altar del Espíritu Santo.

Todavía se reprendió severamente a Catalina Pernas delante de un público numeroso, aunque sin pronunciar sentencia alguna; y como si ningún valor hubiera tenido lo pasado, se mandó ir en paz a la digna y volerosa madre que tanto había sufrido, y sufrirla quizás después hasta su muerte, por conservar illesa la honra de su hija.

Los comentarios a este proceso infame y a otros de semejante especie, los hará el lector inteligente y justo.

BERNARDO BARREIRO DE W.

«El mercantilismo más repugnante, dice *El Ampurdanés*, de Figueras, se va apoderando de los periódicos católicos.

Ya se anuncia en algunos de ellos el precio y la calidad de las misas, de los sufragios, de los oficios, de los sermones, etcétera. Las monjas y los frailes hacen una competencia desastrosa a los pequeños industriales, anunciando alimentos, bebidas, medicamentos, costuras y una multitud de trabajos y productos con marcas de tal sauto ó de tal virgen. Ya se pone precio hasta a los favores que se desea alcanzar del cielo por la intercesión de las curas.

Cristo volverá, no hay duda, en forma de Revolución, a arrojar del templo a todos esos asquerosos mercaderes que trafican con lo más sagrado para ellos con tal de embolsarse unas pesetas.»

Bien dicho, querido colega.

Lo único grave aquí, es que no venga pronto ese Cristo; porque de tardar siquiera media docena de años, no va a encontrar a quien redimir.

LOS ANARQUISTAS EN LONDRES

El *Heraldo de Madrid* publicó el miércoles un artículo titulado así, poniéndole la advertencia siguiente:

«Creiendo que la primera obligación de la prensa, ante un hecho de tanta magnitud como la agitación anarquista en el mundo, que da cual triste resultado atentados como el de B.esci contra el rey Humberto, es informarse de lo que son esos propagandistas por el acto y lo que se proponen hacer, comisionamos a nuestro compañero Bonafoux para que hiciese una amplia información en Londres.

La sociedad no puede prevenirse contra semejantes horribles crímenes, si no conoce a sus autores ó inductores más que por informes de la policía que jamás evitó un regicidio. Por lo que entendemos prestar un señalado servicio a la causa de la humanidad indagando lo que piensan y lo que hacen sus enemigos.

Bonafoux desempeñó su misión como él sabe hacerlo, y nos ha mandado un trabajo admirable. Pero que no puede publicarse en España.

Lo hemos consultado respetuosamente, y nos han dicho que es imposible. Mutilamos, por lo tanto, el notable trabajo de nuestro ilustrado compañero, dejando sólo lo puramente literario.

Nuestros lectores comprenderán que si no hacemos otra cosa, es porque nos está absolutamente prohibido.»

Sigue a esto el artículo, que es bastante largo, y por esta razón no lo reproducimos. Pero no resisto a la tentación de copiar el resumen al pie de la letra. Dice así:

RESUMEN

«—Nosotros los anarquistas no tenemos jefe. Si yo dijera a un compañero: «Mata al Rey», de seguro me respondería: «Mátale tú mismo.»

Así hablaba Malatesta, y luego añadía sonriendo: «En Inglaterra no hay extradición por delitos políticos...»

No le preocupa que le compliquen en tal causa. No se consideraría agraviado por ello, porque está seguro de demostrar la inanidad del complot. Y, en fin, porque hallándose fuera del radio de la extradición, ni corre riesgo ni lo temería él, que ha dado pruebas de ser hombre de temple.

Louise Michel es, como dije en otra ocasión, una ocarina donde la demagogia sigue y seguirá tocando la canción de la *Commune*. Kropotkine, a quien no pude ver porque está veraneando con su distinguida y bellísima señora, es un sabio; pero con muchos prejuicios. Así, por ejemplo, Kropotkine cree que todo lo que ocurre en una Monarquía tiene que ser malo, por el mero hecho de ser Monarquía, y que todo lo que ocurre en una República tiene que ser bueno, por el mero hecho de ser República. Por ello, negando la evidencia misma, la República francesa, que expulsa a Ventura, le parece más liberal que la Monarquía inglesa, que acoge a Malatesta.

Tcherkesoff es un iluminado de la Siberia, y Tarrida es el eterno niño de la anarquía, incapaz de matar una mosca, enamorado de todos los ideales, que sirve a todo el mundo, da buena parte de lo que gana con su impropio trabajo de periodista, y no se queja, ni siquiera se molesta, cuando le engaña algún pillo.

Porque, a semejanza de lo que ocurre en todos los partidos políticos, hay muchos pillos en el de anarquistas puritanos; muchos caballeritos a juicio de los cuales el ser anarquista consiste en vivir del prójimo, no de un Rothschild, sino de otro anarquista que trabaja para comer. Como los hay igualmente que, cuando cometen un robo ó un estupro, dicen muy serios que han realizado un acto de anarquismo. ¡Los hay, en fin, que no respetaron a las viudas de anarquistas fusilados en Montjuich!

«La excesiva bondad de Louise Michel—ha dicho un psicológico—la arrastró a pedir sangre, mucha sangre.» La observación, que me parece acertada, entra en el terreno de la fisiología. Un inteligente y docto condiscípulo mío, el doctor Eusebio Coronas, me explicaba a bordo, mientras pasábamos la Mancha, este orden ó este desorden de desequilibrios, que en el fondo es muy hermoso... Pero una cosa es ser, por ejemplo, un Tcherkesoff, y otra cosa es ser un sinvergüenza que se titula anarquista para esgrimir, no un revólver regicida, sino un sable...

Aun hay un anarquista más temible: el vanidoso literario, que se cree anarquista porque se cree genio, y que, por creerse genio, cree que los demás anarquistas deben darle chuletas de certero y pudines variados. Uno de esos tales me amenazó en plena *Keppel Street* con mandarme su producción, se atizó catorce bombos en menos de cinco minutos, y—¡oh desastre!—al despedirse seriamente de mí, noté que se despedía en versos asonantados.

Ni los unos ni los otros inquietan al Gobierno inglés. Yo he dicho que la persecución anima a los revolucionarios, como el alcohol a los organismos desmayados; y que al igual de los vinos verdaderamente espí-

ritosos, esos escritores y propagandistas pierden la fuerza cuando no están embotellados, es decir, ó en la cárcel ó en el destierro.

Los gobiernos no tienen nada que temer de los Kropotkines, de los Tcherkesoff, de las Michel, etc.

Luis BONAFoux

París, 18 de Agosto.

ISEA TODO POR DIOS!

El convento de las Trinas es célebre en Portugal y en toda Europa a consecuencia de un proceso escandalosísimo que duró años, desde el 90, y que no terminó como debiera, porque la monarquía echó todo el peso de su poder en la balanza de la justicia por el lado favorable al convento. Eo sí, la opinión, en vista del proceso y de sus piezas quedó perfectamente convencida de lo que significaba en aquella casa la moral.

A pesar del escándalo, en las Trinas se ha cometido ahora otro crimen de violación en la persona de una niña asilada, siendo el autor el capellán de la casa, P. Pinto. Las monjas juzgaron el hecho como la cosa más natural y corriente.

La prensa portuguesa viene escandalizada con el nuevo crimen, y *A Patria* describe minuciosamente sus peripécias.

Este periódico tuvo noticia de que una mujer había denunciado a la policía el hecho, é inmediatamente envió un rector al jefe que había recibido la denuncia, quien le confirmó su autenticidad. Entonces la dirección del diario se puso al habla con la estuprada y su familia.

Aun, que así se llama la niña, tiene ahora quince años, y es hija de una pobre mujer, María Seneira de Costa. Cuando tenía tres años, su madre, obligada a buscarse el sustento, viéndola enferma la llevó al Hospital dirigido por las Trinas, quienes así que recobró la salud la llevaron a su colegio. La niña es muy agradecida. Estuvo después en el colegio de Lisboa, propiedad de la misma orden, y de éste la trasladaron al de Benficia, cursual suya, de donde por fin la llevaron a una quinta que las madres tienen en la Aldego-vinha.

El miércoles de ceniza pasado, sin previo aviso y sin decir el motivo, la enviaron a casa de su madre en compañía de un criado del convento y allí la dejaron sin dar explicación alguna.

Vivía su madre en casa de un operario llamado José Filisberto, que acogió a la muchacha como hija. No tardó en tener un novio, Agustín Pinto, que la cortejaba con fin honesto. Hablando un día Agustín con Filisberto, hubo éste de infundirle ciertas sospechas que él tenía sobre el estado de la muchacha. Interrogada por su novio, contestó con evasivas. Pero un día habló del capellán, y...

El novio planteó este dilema ante la novia y la madre: ó esta niña dice toda la verdad, ó no me caso con ella; si la dice, cualquiera que sea, me casaré; si no, no.

El director de *A Patria* pudo preparar una entrevista decisiva con esta familia, y oír el diálogo siguiente entre la niña, toda medrosa y turbada, y su novio.

—¿Cuándo y dónde sucedió el hecho? Dilo, para que este señor periodista lo oiga de tus labios.
—Fué en Benficia, hará unos dos años. Me mandaron las monjas fregar la habitación del capellán y estando haciéndolo, llegó éste. Yo grité, pero él me tapó la boca.

—¿Y no te quejaste a las madres?

—Sí, pero una de ellas me dijo que yo tenía que hacer lo que el Padre me mandase y callar...

—¿Sucedió aquello muchas veces?

—Tres ó cuatro; cada vez que las hermanas me mandaron a fregar el cuarto... Esto lo hacían también por orden de ellas otras niñas asiladas.

Un detalle curioso.

Las hermanas Trinas consienten a ciertos trabajadores laicos que emplean en sus conventos, el trato con las niñas, de modo que no les sea difícil cometer algún abuso. Y en efecto, se ha cometido alguno, se ha sabido, y así, al descubrirse los de la gente de setana, se recurre al expediente de echar el muerto a los trabajadores. Esto se desprende de las declaraciones de la niña Ana.

Renunciarnos a proseguir dando detalles; los que restan son muy escabrosos, y lo que antecede basta para formar una idea de lo que serán las Trinas y de lo que son esas instituciones y sus colegios.

Invariabilmente, en los infinitos procesos que a cada momento publica la prensa, los hechos son los mismos, así en conventos de hermanas como de hermanos, de Flaminius, etc. Inmoralidad, inhumanidad y explotación.

A Patria cree que, aunque la policía entiende en la denuncia, ésta no prosperará. En Francia y en los pueblos libres estos procesos acaban siempre en presidio, y aunque es poco, porque lo procedente y sano sería suprimir tales instituciones, algo se consigue.

En los demás pueblos, incluso Portugal y España... lo hemos arrugado de otra manera. Siempre resultan impecables los benditos y las benditas.

Somos aquí muy afortunados.

DIOS PATRIA Y REY

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

IOJO AL CRISTOI

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Y DICE EL SEXTO MANDAMIENTO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Precio de cada uno: 1 peseta.—Para los suscriptores a *El Motin*: 50 céntimos.

Los ministros de paz

Han sido puestos en libertad 21 de los 23 procesados a consecuencia del descubrimiento de armas en Plasencia.

Uno de los presos que siguen en Vergara sujetos a las resultas del sumario es don Casildo Amiar, coadjutor, que tenía escondidos en el cementerio de Abadiano (Vizcaya) mosquetones y fu-

siles, entre el cielo raso y la bóveda de la capilla. Las armas iban consignadas a dicho presbitero.

El otro preso es don Vicente Sarasola, teniente coronel carlista en la pasada guerra y jefe regional del partido en Vergara.

El fiscal pide para cada uno de éstos la pena de seis años y un día de prisión mayor, como jefes de la tentativa de rebelión.

La vista de la causa se celebrará en el mes de Noviembre.

Esta noticia, que me recuerda otras muchas parecidas publicadas antes de la última guerra civil, y después, hace que al pasar por cualquier iglesia ó convento, exclame poseído de un miedo de primera calidad:

«¡Cuántos fusiles, ¡Dios de bondad! habrá escondidos en esa tu santa casa, con el piadoso objeto de mandar liberales al infierno?»

Y miro con lástima a los jóvenes que veo cerca y a los niños que juegan junto a sus madres.

Porque ellos son los destinados a morir en la próxima guerra que el clericalismo incuba, y para la cual, como vemos en esa noticia, se está preparando ocultamente.

El vendedor de *El Motin* en un pueblo de Huelva me dice con fecha 15 de Agosto:

«No me mande más que 15 MOTINES semanales, pues de todos los paquetes me sobran. Las mujeres no quieren que sus maridos lean su periódico, y varias hasta le han pagado A LOS POBRES.»

Complazco al vendedor, y me felicito de que no sigan leyendo *El Motin* esos pobres que sufren que sus mujeres les peguen.

A menos que después de eso no los saquen a bailar un poquito, para que se cumpla en las tres partes el dicho vulgar que seguramente no ignorará ninguno de mis lectores.

FUNCIÓN CATÓLICA EN HONOR

DE PRINCIPE PROTESTANTE

El proyectado casamiento de la infanta doña María, hermana del católico rey español Felipe IV, con el protestante príncipe de Gales, que después reinó en Inglaterra con el nombre de Carlos I, estuvo acordado y convenido a pesar de la diferencia de religión.

El príncipe de Gales, que era un tanto fantástico y novelesco, vino a Madrid de incógnito para conocer a su prometida, acompañado de su favorito el conde de Bristol, después duque de Buckingham, y entró en esta corte el 17 de Marzo de 1623.

Noticioso de su llegada Felipe IV, dispuso su traslación al real palacio y grandes fiestas en su obsequio.

«Concluidos los primeros festejos—dicen los señores Amador de los Ríos y Rada y Delgado en su *Historia de la villa y corte de Madrid*—mandó el rey se congregase una junta de teólogos, canonistas, juristas, presidentes de los Consejos, religiosos de las órdenes y otras personas de experiencia y capacidad, que, canónica y legalmente, examinaran la conveniencia y legitimidad del proyectado enlace, é igual consulta hizo también a la Santa Sede, para que la resolución que se adoptase en nada perjudicase al mutuo acuerdo que debía reinar entre los intereses de la Iglesia y los del Estado.

Después de largas conferencias y de haber emitido cada cual libremente su parecer, fué el voto favorable; mas no previeron, sin duda, ni el rey ni sus consejeros que las complicaciones políticas fuesen quizá más exigentes que el bien de la religión y de la justicia, y confiados en el buen éxito de aquella negociación, se entregaron de nuevo a los pasatiempos que ocasión tan propicia les deparaba.» Uno de esos «pasatiempos» fué la «función católica en honor del príncipe protestante.»

«El Viernes Santo—según refieren los mencionados historiadores—se verificó procesión general de las religiones, en que se dió un espectáculo nunca visto. Había mandado el rey a los prelados de las Ordenes de Descalzas, que saliesen en público por las principales calles de Madrid, haciendo las penitencias y mortificaciones exteriores que a cada uno sugiriese su devoción. Recomendábaseles así, para que, por este medio, le concediese Dios el acierto en los asuntos de que a la sazón trataba, y para que tan religioso acto sirviese de edificación y ejemplo a los demás fieles.

La competencia que con tal motivo se suscitó entre hombres propensos ya a cifrar la virtud en cómicas exterioridades, hubiera parecido ridícula a no degenerar en repugnante. Trabajo cuesta el dar crédito a la relación de este hecho, bien que referido por escritores coetáneos. Dos siglos han transcurrido desde entonces; veinte parece que median entre nuestra sociedad actual y la que escarnece la religión «con prácticas tan insensatas.»

Los cronistas coetáneos que refieren el suceso, y a los que aluden los autores de la *Historia de Madrid*, son León Pinelo en sus *Anales* y Diego de Soto y Aguilar en su *Historia M. S. de Felipe IV*, existente en la Academia de la Historia. La descripción que hace este último dice así: «Las dichas religiones (excepto la Carmelita descalza, que se excusó diciendo que, por expresas constituciones de su Orden, les está prohibido salir en semejantes procesiones), en cumplimiento de tan justo mandato, mostraron la obediencia y amor con que respetan a S. M., y salieron en procesión a la hora señalada.

«Los padres descalzos de San Gil y de San Bernardino, juntos en un cuerpo. Luego los padres mercenarios descalzos de Santa Bárbara, con su vicario general delante, como buen pastor y el más humilde de ellos, y llevando la cruz entre dos legos, cargado de sogas y cadenas. Luego los agustinos recoletos. Detrás los capuchinos. Siguiéronse los últimos los trinitarios descalzos.

«Estas cinco religiones iban, unos en silencio y contemplación, con Cristos crucificados en las manos; otros con calaveras en las manos; otros con sacos de cilicio sin capillas, cubiertos los rostros y cabezas de ceniza; otros con coronas de espinas y abrojos, corriendoles harta sangre de ellos; otros con sogas y cadenas por los cuerpos

y a los cuellos y cruces a cuestras; otros con grillos y prisiones en los pies; otros apados y liados con sogas; otros hiriéndose los pechos con piedras; otros con mordazas y esposas; otros con huesos de muertos en las bocas; unos en oración de contemplación; otros cantando himnos; otros las letanías y otros salmos.

«De esta manera salieron de sus conventos y pasaron por las calles más principales de la corte, y por la calle y plaza Mayor y puerta de palacio, con que anduvieron muy largas y penosas estaciones, que duraron más de cinco ó seis horas, con tan penosos tormentos, que causó a toda la corte, y en particular a los reyes é infantes, personas de palacio y al príncipe y caballeros ingleses, que lo estuvieron atentamente viendo y considerando, tan general compasión y edificación, que todos se deshacían en llanto, pidiendo los católicos a Dios perdón y misericordia, por haber sido éste un espectáculo que jamás se ha visto en España.

«Volviéron los santos religiosos a sus conventos tan fatigados, que muchos estuvieron enfermos algunos días, y han certificado algunos haber padecido tan grandes dolores por las penitencias que hicieron, que no parece poderse sufrir si no es con auxilio del cielo, y que ha habido algunos que no les ha faltado sino el morir.

«Mas Dios, como remunerador de las buenas obras é intenciones, ha consolado a muchos de éstos, sus siervos, con agrado de haberles oído, en quien se espera que la resolución que en estos negocios se tomare será para su santo servicio y bien de estos reinos; y la majestad del rey, N. S., también los consoló con lo temporal, enviándoles para la comida de los días de Pascua grande abundancia de regalos de carneros, tocino, terneras, pichones, cabritos, manjar blanco y pescados frescos, pan y vino y frutas y otras cosas de regalo.»

Después de esta relación sólo es posible decir lo que dicen los citados señores Amador y Rada, al referir el suceso:

«A los apologistas de los pasados tiempos molestó el cuadro que ofreció Madrid aquel memorable día, y si no se subleva contra él su espíritu religioso, es porque hubieran sido dignos de aquella generación hipócrita y degradada.»

Bruno R. ACOSTE

MI DIOS

¿Qué cosa tan hermosa debe ser el tener un Dios! Lo confieso. Más de una vez he lamentado no creer en religión alguna. He llegado hasta a sentir envidia cuando he visto las ventajas que reportaba el profesor, por ejemplo, la católica.

Mucho más feliz es un creyente que un ateo.

Vedle: ya sale del templo, donde acaba de confesarse. Por enormes que sean sus culpas, ya no tiene para qué preocuparse de ellas. Acaba de borrarlas nada menos que el que todo lo puede, Dios, otorgándole el perdón por boca de uno de sus ministros. La conciencia no le puede ya molestar en adelante: Dios se lo impide.

Cuando se encuentra en un trance muy difícil, invoca su auxilio; y si la dificultad no se resuelve, el hombre de fe no se desespera, se conforma con la voluntad divina, que no puede hacer nada encaminado al mal, ya que es la bondad suprema.

No ha de molestarse en buscar la Verdad, pues la posee casi completamente. Es Dios, que no tardará en revelársele.

Muchas son las ventajas que tiene el creer en Dios.

Yo también, cuando el recuerdo de una mala acción me atormentaba, cuando alguna dificultad me impedía realizar mis deseos, ó cuando la misteriosa equis ponía término a mis razonamientos, he llegado a juntar las manos y prepararme a invocar el divino auxilio para que me iluminara.

Pero una dificultad me ha impedido llevar a cabo mis propósitos. ¿A qué Dios voy a dirigirme? ¿Cuál será la religión verdadera?—me he preguntado perplejo. Dios ha de ser muy grande: infinitamente superior al más sabio y poderoso de los hombres. Sus órdenes han de cumplirse necesariamente. Nadie podrá contradecirlas sin contradecirse a sí mismo.

He visto desfilar por mi imaginación multitud de extrañas figuras, ofreciéndome sus dioses.

Desde las antiquísimas religiones orientales hasta la relativamente moderna doctrina predicada por Jesucristo, una infinidad de religiones, politeístas, fetichistas, monoteístas, de todas clases las había, pero ninguna lograba imponerse, ninguna eclipsaba a las demás. Cada una era la verdadera, según sus propagadores, quienes, no sólo declaraban falsas a las otras, sino que hasta llegaban a escarnecerlas, tal egoístas mercaderes que tratan de vender la mayor cantidad posible de sus respectivos productos. Dios no estaba allí.

Bien a pesar mío heube de renunciar a pedirle su ayuda; y cuando ya veía el medio de vencer mis dificultades, sentí una voz interior que me hacía la siguiente reflexión:

«Si no encuentras a Dios, recurre a mí. No soy como él omnipotente. No llego a tanto. Pero es tal mi autoridad, que todos los hombres me obedecen sin contradecirme, conociendo que soy su único guía. Nadie ha burlado mis órdenes sin sufrir el correspondiente castigo.»

No vacilé. Indudablemente éste debía ser mi Dios.

Quien así me hablaba, era la Razón.

B. LOSTAU

NUOVA EDICIÓN

CÉLEBRE CONFERENCIA

DE

M. LEON TAXIL

DADA EN EL SALÓN DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE PARÍS

Precio: 25 céntimos.—Para los suscriptores de *El Motin*, 15.

MADRID—IMPRENTA, ENCARNACIÓN, 4.